

A photograph of a park scene. In the foreground, there is a large field of vibrant red tulips with green leaves. In the middle ground, a dark bronze statue of a man stands on a stone pedestal. The background features a large, multi-story brick building with many windows and bare trees, suggesting a late winter or early spring setting. The overall atmosphere is bright and colorful.

Una Dama Elegante

Cédric Daurio

Una Dama Elegante

Cédric Daurio

Copyright © 2017 por Oscar Luis Rigioli. Todos los derechos reservados. Ni este libro ni ninguna parte del mismo pueden ser reproducidos o usados en forma alguna sin el permiso expreso por escrito del editor excepto por el uso de breves citas en una reseña del libro.

Publicado en 2018 en los Estados Unidos de América.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son o bien los productos de la imaginación del autor o se utilizan de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Índice

[Dramatis Personae](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

[Del Autor](#)

[Sobre el Autor](#)

[Obras de C.Daurio](#)

[Coordenadas del Autor](#)

[Sobre el Editor](#)

Dramatis Personæ

Lena Shaw Javit: Arquitecta neoyorquina especializada en arreglo de locales comerciales.

Federico Gribaudo: Licenciado en informática argentino destinado a trabajar en Nueva York.

George Adams: Ejecutivo de la firma en que trabaja Federico y su jefe directo.

Paula Rodrigues: Secretaria de Adams.

Cèdric Castries Foux: Asociado y amigo de Lena.

Bernard Javit y Sheila Shaw Javit: Padres de Lena.

Ira Gorkin: Jefe de Lena en Nueva York.

Tiziana Bressan: Asociada comercial de Lena en Venecia.

Wang Hualing (Hualing Wang): Joven niñera china.

Laura Cohen: Empleadora de Hualing.

Carlos y Marta Gribaudo: Padres de Federico.

Loretta Brown: Abogada, amiga íntima de Lena.

Capítulo 1

Agotada por la sucesión de eventos del día, y en realidad de la semana que había transcurrido en Buenos Aires, colocó su módica valija en el portaequipaje ubicado sobre la línea de asientos, se sentó en su butaca que estaba situada junto a la ventanilla y anticipando lo que las azafatas le pedirían se colocó el cinturón de seguridad. El asiento, ubicado en la clase turista, le resultaba muy estrecho teniendo en cuenta que el vuelo a Nueva York insumiría nueve horas de modo que resolvió que reclamaría de sus *sponsors* que le sacaran un pasaje en la categoría ejecutiva para los próximos vuelos, al menos aquellos que superaran una duración determinada, por ejemplo cinco horas; pensó que este requisito era razonable dado que la mayoría de sus viajes eran dentro de Estados Unidos y por lo tanto de una duración inferior.

Siguiendo su habitual ansiedad había sido una de las primeras personas en abordar y ahora comenzaban a ingresar los pasajeros por los angostos pasillos del avión; el pasaje consistía en una mezcla de argentinos y americanos, los últimos parejas o pequeños grupos de personas mayores que volvían de unas vacaciones en el lejano país del sur, vistiendo llamativas camisas de estampados multicolor y otras prendas más apropiadas para Miami o Hawái que para la agitada urbe sudamericana, cuyos habitantes parecían caminar y viajar siempre con un ritmo frenético, tan distinto al de otras ciudades latinoamericanas que había conocido. Los argentinos eran distinguibles por su vestimenta más austera y por la cantidad de bultos que pretendían colocar en los

compartimentos para equipajes, aun forzando su capacidad. Rogó para que le tocara de compañero de asiento un americano, ya que como ella no hablaba castellano podía llegar a ser un viaje aburrido y demasiado largo.

De reojo atisbó a un muchacho alto y delgado que se acercaba mirando las letras de las filas de asientos buscando donde sentarse. Aunque a primera vista le pareció uno de los argentinos, secretamente deseó que se sentara junto a ella, pues se trataba de un joven muy bien parecido. Agitó su cabeza como para ahuyentar la idea.

<Lena, podría ser...no tu hijo pero si un sobrino mucho más joven. No es para ti.>

Ignorante de los pensamientos que circulaban por la cabeza de la mujer el joven se detuvo en la fila donde se hallaba sentada Lena, confirmó su ubicación y la miró sonriente.

-Hola.-Dijo escuetamente.

-Hello- Contestó la mujer furiosa consigo misma por no haber ni siquiera aprendido a responder un saludo en español.

El muchacho colocó su valija en el portaequipaje y se dispuso a sentarse en el asiento del pasillo.

-Permiso. Tengo el asiento 14B.- Dijo en inglés, para alivio de Lena, quien sin embargo volvió a recriminarse de inmediato.

<No te hagas ideas absurdas.>

La azafata recorrió el pasillo, donde aun había pasajeros luchando con sus maletas, ayudándolos a guardarlos en los compartimentos portaequipajes y a cerrar sus puertas.

El joven se colocó también el cinturón de seguridad y como sus piernas eran demasiado largas para el corto espacio entre asientos las colocó parcialmente en el pasillo luego de que la azafata pasara.

-Asientos muy pequeños para viajes tan largos.-Expresó el joven, en sintonía con lo que había estado cavilando Lena con anterioridad. Luego sonriendo nuevamente le extendió la mano derecha y se presentó.

-Federico Gribaudo.

Lena fue nuevamente sorprendida gratamente por la presentación formal del hombre y contestó de inmediato.

-Lena Javit

-¿Neoyorquina?-Era evidente que el joven llamado Federico tenía deseos de conversar. Aunque la mujer se había formado la idea de dormir lo antes posible para recuperar sueño aceptó de buen grado la disposición de su compañero de viaje.

-Sí.-Contestó.- Nacida y criada en Nueva York.

Roto el hielo con tanta facilidad Lena prosiguió la conversación.

-¿Es su primer viaje a Estados Unidos?

-No, estuve un par de veces en Miami, pero nunca en Nueva York.

-Estará ansioso por conocer la Gran Manzana. Tiene todo un mundo por descubrir.

-Si, en realidad lo conozco por referencias familiares. Mi padre vivió varios años en Nueva York de joven y mi madre, que era entonces su novia, lo visitó...por supuesto hace ya muchos años.

-Todo está muy cambiado y a la vez la ciudad sigue siendo la misma.

-Mis padres regresaron hace un par de años por turismo, a visitar todos los sitios que habían recorrido juntos tanto tiempo atrás. Fue un viaje sentimental. Estuvieron frente al edificio donde mi padre

alquilaba un apartamento.

-¿Sabe en qué zona?

-Sí, en Brooklyn Heights. Un sitio histórico. Hablaban mucho de él.

-En realidad un buen lugar para vivir.

Para alegría de Lena la conversación fluía agradablemente. Aunque su vocabulario era un tanto limitado y cada tanto necesitaba ayuda con algún término particular, Federico hablaba inglés en forma muy aceptable con un acento argentino particular que la mujer ya conocía de sus entrevistas de negocios. Su charla denotaba que se trataba de un joven inteligente.

-Y dime, Federico.- La charla ya se había tornado coloquial.-
¿De qué otros sitios te hablaron tus padres?

La larga enumeración de museos, galerías y otros sitios terminó de convencer a Lena que el muchacho provenía de una familia de buen nivel cultural.

-¿Piensas visitar esos sitios?

-Sí. Voy a estar un buen período en Nueva York.

-¿Y de que más te hablaron tus padres?

-Déjame pensar...había un parque...

-¿El Central Park?

-No sólo me hablaron del Central Park. Había un parque pequeño, cerrado, al que por alguna razón le asignaban una connotación romántica. Recuerdo haber visto fotos de mis padres frente a ese parque.

-¿Gramercy Park?-Lena dio un respingo en su asiento conteniendo su entusiasmo.

-Sí, creo que era ese.

-Pero allí es donde vivo yo.

La conversación ingresó insensiblemente en temas un poco más personales. Lena trataba sin mucho éxito de no hacer su interés demasiado obvio.

-¿Que vas a hacer en Nueva York? ¿Vas a radicarte en los Estados Unidos?

-No por el momento. Voy a trabajar en la casa matriz de mi empresa por seis meses, que es lo que permite la visa que tengo al presente.

-¿Qué empresa es esa?

Federico dio el nombre de la firma.

-¿A qué se dedica esta empresa?

-Servicios financieros.

-¿Tú eres un experto en finanzas?

-No, soy licenciado en sistemas. Me voy a capacitar en los sistemas que usa la firma en todo el mundo. En Buenos Aires acaban de abrir una sucursal que tendrá a su cargo los negocios en todo el Cono Sur de América.

-¿Hace mucho que trabajas con ellos?

-Seis meses. Como te dije, la firma se instaló recientemente en el país.

Lena se decidió finalmente a hacer la pregunta que le estaba rondando en la mente.

-¿Cuántos años tienes?

-Veintitrés.

Era la edad aproximada que la mujer calculaba. En ese momento el piloto de la aeronave anunció la partida de la misma y las azafatas dieron una última recorrida para confirmar que todo estaba en

orden. De inmediato comenzó el carreteo del avión que rápidamente escaló en altitud. Pasado el momento fue el turno de Federico de preguntar, lo que a la mujer le pareció lógico.

-¿Cuánto has estado en Argentina?

-Once días.

-¿Te ha gustado Buenos Aires?

-Apenas tuve tiempo para recorrerla. Tuve que viajar a Rosario, Córdoba y Mendoza. Sólo pude tomar un ómnibus para realizar un *sightseeing*. Y respondiendo tu pregunta...sí, lo que vi me gustó mucho y ya he tomado la decisión de venir en otra oportunidad en un viaje privado de turismo.

-¿Viniste entonces sólo en un viaje de negocios?

-Sí, en realidad de trabajo. Con los gastos a cargo de mi empleador.

-¿Para quién trabajas?

Lena dio el nombre de una renombrada empresa de indumentaria de alta gama.

-¿Y qué haces allí?

-Soy arquitecta. Voy a elegir sitios para puntos de venta de nuestros productos y dirigir la construcción y decoración de los locales de acuerdo con las normas y el estilo internacional de la empresa.

-¿Tú tomas las decisiones?

-Sí, en base a protocolos establecidos por la firma.

-¿Y quién redacta esos protocolos?

-En buena medida yo misma, y luego son aprobados por la presidencia y la Junta de Dirección.

-Eres una persona importante.-Concluyó el joven.

-Sólo una empleada con alguna jerarquía.

-¿Entonces tu firma se está instalando ahora en Argentina?- La frase era algo intermedio entre una pregunta y una afirmación.

-Sí, han decidido que el turismo creciente hace del país una plaza atractiva.

-Tu trabajo suena como algo de mucha responsabilidad. ¿Te sientes satisfecha?

-Sí, me gusta mi profesión y lo que hago es muy gratificante.

Lena reflexionó sobre la pregunta del muchacho. No se la había formulado recientemente y en realidad era muy atinada. La fase profesional de su vida era en realidad muy exitosa, y secretamente deseó que las demás facetas lo fueran en la misma medida, pero se guardó el comentario para sí misma.

El avión había llegado ya a su altitud de crucero y el comisario de a bordo anunció que iba a servirse la cena, en realidad un *brunch*.

-¿Dónde vas a alojarte en Nueva York?

Federico dio el nombre de un hotel situado en Lexington Avenue y 23rd Street, de nivel medio.

-Eso es muy cerca de Gramercy Park, donde yo vivo.- Exclamó Lena.

-Me gustaría encontrarme contigo.- La frase fue espontánea y el joven se dio cuenta que era un poco precipitada.

-Quiero decir...sería bueno tener alguna cara conocida en una ciudad extraña.

-Si, por supuesto. Te daré mi teléfono y dirección.- A pesar de que no quería reconocérselo a si misma Lena estaba complacida con el pedido de su compañero de viaje.

Luego de la cena se atenuaron las luces de la cabina y los ruidos se redujeron a toses y llanto de algún niño. Lena y Federico

siguieron conversando en voz baja hasta que finalmente la mujer quedó dormida.

Las luces se prendieron y el piloto comunicó que en breve se serviría el desayuno ya que la ciudad de Nueva York estaba relativamente cercana.

-Has dormido toda la noche.- Observó Federico.

-En los viajes estoy tan ajetreada que debo aprovechar cada oportunidad de dormir. ¿Tú no has dormido?

-De a ratos. El asiento es un poco corto para mis piernas... y además supongo que la perspectiva de llegar a Nueva York me mantiene excitado.

Al terminar el desayuno y antes de cerrar la mesita plegable Lena extrajo un papel y una lapicera de su cartera.

-Te voy a dar mi teléfono y dirección. Como no se puede encender el teléfono celular por la proximidad del aterrizaje te lo anotaré en un papel.

Al apagarse los motores todos los pasajeros se abalanzaron a sacar sus equipajes de los compartimentos superiores. Federico bajó el de Lena y el propio. Ambos se pusieron en movimiento juntos y descendieron de la aeronave en medio de la marea humana. Caminaron conversando hasta que al llegar a Migraciones debieron separarse, ya que ella formó la fila de residentes americanos, de rápido movimiento mientras que Federico tuvo que sumarse a la lenta fila de extranjeros.

-¡Lláname cuando quieras!- Exclamó al separarse la mujer, tratando de esconder su ansiedad.

Desde lejos Lena contempló al muchacho. Su alta y delgada silueta era ahora visible desde una cierta distancia. La memoria de la mujer había grabado su rostro, de facciones correctas, el color entre azul y verde de sus ojos y su cabello rojizo. No pudo contener un suspiro.

Capítulo 2

Federico había tomado el metro neoyorquino para llegar hasta las oficinas de la casa matriz de la empresa en que trabajaba, situada en Broadway entre W 38th Street and W 39th Street. Usuario habitual de las líneas de subterráneo en Buenos Aires, el metro de Nueva York lo abrumó por su extensión pero rápidamente pudo entender su trazado. Había pasado la noche anterior estudiando los mapas de la ciudad, tanto en su *notebook* hurgando en *Google Maps* como en unos mapas impresos que había obtenido en el lobby del hotel. El trayecto desde su alojamiento hasta las oficinas era corto de modo que decidió que volvería viajando por superficie, ya fuera en bus o caminando, con el objeto de ir conociendo la ciudad.

Al presentarse en el hall del piso de la empresa lo impactó el aspecto suntuoso del mismo, que le resultó inesperado por tener como punto de referencia las oficinas modestas que ocupaban en Buenos Aires. Ya las oficinas en Sao Paulo, Brasil, que había visitado el mes anterior habían anticipado el despliegue de la empresa pero en menor medida.

La siguiente sorpresa fue que, tras anunciarse en el escritorio de recepción y esperar unos pocos minutos, quien lo vino a buscar para darle la bienvenida y conducirlo era una hermosa afro brasileña que hablaba castellano en forma bastante correcta, sin duda por su trato frecuente con visitantes latinoamericanos. Como Federico hablaba un poco de portugués aprendido en sus vacaciones en Río de Janeiro y Florianópolis, contestó en *portuñol*, esa especie de dialecto que mezcla ambos idiomas en dosis variables.

- *Benvindo*. Me llamo Paula Rodrigues.-Dijo la mujer exhibiendo una amplia sonrisa.- El Señor Adams está en una reunión pero se desocupará muy pronto. Sígame por favor.

Ambos transitaron por varios corredores con numerosos puestos de trabajo a ambos lados. Los empleados no parecían tener mucha curiosidad en ellos sin duda porque estaban acostumbrados al paso de visitantes con frecuencia. Federico caminaba dos pasos detrás de la mujer, y disimuladamente atisbaba su espectacular silueta.

Paula lo condujo finalmente a un ambiente separado del resto por una puerta, tras la cual había un amplio hall con sillones forrados en cuero y una mesita baja de cristal con publicaciones seleccionadas.

-Tome asiento por favor. ¿Le ofrezco una taza de café?- Era obvio que la hospitalidad era norma de la casa y Paula era un buen exponente.

-Con mucho gusto.- Federico respondió con la mejor de las sonrisas las que solían ganarle las preferencias femeninas.

Al regresar Paula con la infusión la entregó al muchacho en sus manos, lo que produjo un ligero rozamiento de la piel de los dedos de ambos. Los dos sintieron el flujo de transmisores químicos que el roce había sutilmente desencadenado. Federico siguió exhibiendo su sonrisa y la muchacha por fin estableció el contacto visual que él había perseguido. Sin duda el examen de los rasgos de su interlocutor había complacido a la mujer.

-Te agradezco tu gentileza.- Federico conocía los modos formales de los brasileños bien educados, diferente de las maneras más espontáneas y en ocasiones bruscas de los argentinos. También había hablado con la muchacha en forma coloquial con la intención de acortar las distancias.

En ese momento apareció George Adams, quien resultó ser un hombre sólo unos diez años mayor que Federico, y estaba vestido con un traje a medida sin duda de algún sastre famoso. Paula procedió a presentar a ambos, tras lo cual Adams guió al recién llegado a su oficina. La misma, a pesar de su amplitud, se hallaba amueblada con un estilo de buen gusto pero un tanto despojado, con solo lo esencial para el trabajo. Sobre el escritorio solo se encontraban una gran computadora de escritorio con el símbolo de una conocida marca, y un pequeño porta-retrato con la foto de una mujer y dos niños.

-Bien, Federico.- Le dijo Adams con una sonrisa.-Te doy la bienvenida formal a esta casa.

Habían estado reunidos por espacio de una hora, durante el cual Adams hizo que el nuevo empleado le narrara su experiencia profesional anterior y luego le explicó cuáles eran las funciones que debería desempeñar en la organización, el salario que percibiría y su ubicación en el organigrama de la empresa. De paso comprobaba la fluidez del joven en idioma inglés. Al cabo de la conversación preguntó.

-Bien, ¿Te queda alguna pregunta?

-Por el momento no se me ocurre ninguna.

-Si en el futuro surge algo mi puerta estará siempre abierta, sólo tienes que anunciarte a través de Paula.

Adams tomó el teléfono y marcó un número; casi de inmediato se abrió la puerta de la oficina y apareció la secretaria exhibiendo su habitual sonrisa.

-Dime, George.

Federico comprobó el trato cordial que reinaba en el área.

-Paula, por favor muestra a Federico nuestras oficinas del segundo y tercer piso y preséntale a los empleados para que lo conozcan desde el comienzo, ya que va a tener contactos con varias áreas. ¿Ya está armado el puesto de trabajo que le hemos destinado en el tercer piso?

-Sí, George.

-Bien, al fin del tour déjalo instalado en él.

Adams se puso de pie y Federico lo imitó.

-Te invito mañana a almorzar conmigo en el refectorio que tenemos en la planta baja. Hoy tengo una cita de trabajo fuera de la empresa.

Paula guió a Federico hacia los pasillos al tiempo que Adams se preparaba para salir. Mientras recorrían los puestos de trabajo alineados a ambos lados del corredor iba presentando al joven a los empleados con quienes se cruzaban. La impresión recibida por el muchacho era de orden pero en una atmósfera descontracturada, exenta de rígidos formalismos, lo que le produjo alivio. Al llegar al fin de las oficinas la muchacha lo llevó hasta los ascensores y al entrar le dijo en español.

-Has causado una buena impresión a George.

-¿Cómo puedes saberlo?

-Es mi jefe. Lo primero que debo saber es interpretar sus actitudes. La que ha tenido contigo es positiva.- La mujer lo sostuvo la mirada y le reiteró su amplia sonrisa; sus ojos negros eran inmensos, sus facciones regulares y los labios carnosos lucían tentadores. Federico recibió el impacto de sensualidad que emanaba de la bella afro brasileña.

-Imagino que eres soltero.- La frase de Paula era entre una

pregunta y una afirmación.

-Así es... ¿y tú?

En ese momento el ascensor llegó al tercer piso.

-También. ¡Sígueme!

El ritual de presentaciones al pasar se repitió hasta que llegaron a un núcleo de puestos de trabajo separado.

-Éste es tu lugar de trabajo, el que está vacante será tu puesto.

Ahora te presentaré a cada uno de los integrantes del equipo pues serán tus compañeros.

- Kevin, Huang, Donna. –Dijo dirigiéndose a los demás en forma genérica.- Les presento a Federico, su nuevo compañero de trabajo. Federico es argentino.

Los distintos integrantes del grupo le dieron una bienvenida que al recién llegado le pareció cálida. Al finalizar Federico dejó su mochila en el puesto asignado y Paula le dijo casi en un susurro.

-Si quieres, hoy puedes almorzar conmigo, así podemos conocernos.

-Con mucho gusto.

-Entonces paso a buscarte al ir al refectorio. ¿A las doce está bien?

-Perfecto.

Durante un buen rato Federico estuvo conversando con los restantes miembros de su equipo. Kevin era neoyorquino, Donna una afroamericana procedente de Luisiana y Huang había nacido en China y había llegado doce años antes. Obviamente la empresa reclutaba en forma global.

El tiempo literalmente voló mientras Federico se familiarizaba con la computadora de última generación que le habían asignado, de

modo que cuando apareció Paula lo tomó por sorpresa.

-¿Ya es mediodía? De inmediato me preparo y estoy contigo.

Se puso de pie e hizo un gesto a los compañeros.

-Nos vemos.

Cuando se habían alejado un poco Donna murmuró a Kevin en un tono cómplice.

-Parece que la secretaria del jefe ya puso el ojo en el nuevo muchacho. No ha perdido tiempo para no dejarles chances a las competidoras...No la culpo; es muy atractivo.

-A él no parece desagradarle la idea tampoco.

Luego de servirse en sus respectivas bandejas Paula y Federico se sentaron frente a una de las mesas disponibles. Todavía un tanto inseguro el muchacho dejó que ella tomara la iniciativa.

-Y bien, Federico Gribaudo. Cuéntame de ti.

-¿Qué deseas que saber?

-Todo. Quién eres, que estudios tienes...y sobre todo, si tienes novia.

El joven no estaba preparado para un abordaje tan directo con intenciones obvias, pero como estaba muy motivado por la atracción física que ejercía la mujer, se sobrepuso rápidamente y comenzó una exposición un tanto deshilvanada sobre aspectos de su vida que le parecían relevantes. Finalmente concluyó.

-...y no, al presente no tengo novia.

En ese momento ingresaron al refectorio Donna y Huang quienes los saludaron con un ademán pero discretamente se sentaron en otra mesa alejada. Al ver que sus intenciones habían sido interpretadas y respetadas Paula sonrió con satisfacción.

La charla giró entonces hacia la muchacha, quien contó que

había llegado a Nueva York diez años antes a vivir con su hermana mayor, casada con un americano.

- El hotel donde me alojo es cómodo pero me resulta un poco caro.-Expresó Federico.- Me agradecería alquilar un apartamento.

¿Hacen falta garantías o referencias en Nueva York para eso?

-No es demasiado complicado. Debes pagar algunos períodos por adelantado. Si quieres puedo ayudarte a buscar en la zona donde yo vivo.

-¿Dónde es eso?

-En Brooklyn Heights. Apenas cruzando el East River. Tienes buenos medios de transporte para llegar aquí, incluyendo el metro.

-Precisamente es una zona donde vivieron mis padres en su estadía en Nueva York.

La muchacha se levantó para ir a servirse el postre, el regresar dijo.

-Y bien. ¿Te interesa que te ayude a buscar un apartamento para rentar?

-Por supuesto, es una ayuda muy útil. Yo desconozco la ciudad por completo.

-Bien. Entonces podemos salir el sábado a la mañana para visitar algunas propiedades. Mientras tanto yo voy a averiguar qué oferta existe.

Ambos se levantaron portando sus bandejas para dejarlas en el sitio previsto. Paula estaba muy satisfecha al ver como las redes que estaba tendiendo se iban cerniendo en torno a su objetivo. Percatarse de ese proceso estaba facilitado por la atracción física que ella ejercía sobre el joven le proporcionaba una gratificación adicional.

Capítulo 3

Se apeó en la estación Clark St., la primera situada en el Borough de Brooklyn una vez cruzado el East River. Con el mapa en la mano se dirigió en dirección sur hasta llegar a Montague St. y rápidamente encontró la dirección que le habían suministrado. La casa era una de las típicas en el barrio de Brooklyn Heights y seguramente tenía algún pasado histórico que exhibir. Apretó el timbre del apartamento y luego paseó su vista por la cuadra, que le produjo una sensación agradable. Aunque el estado de mantenimiento del exterior de las casas no era parejo, el aspecto del conjunto era venerable y prolijo. Federico pensó que le gustaría vivir en el vecindario. Sumido como estaba en sus pensamientos no se percató que se había abierto la puerta de la casa, situada varios escalones por encima del nivel de la calle. La voz inconfundible de Paula lo sacó de su nube. Elevó los ojos hacia ella y no pudo contener un silbido de admiración. La muchacha se había vestido y maquillado con esmero y lucía espectacular enfundada en un traje negro, que resaltaba su silueta femenina, al mismo tiempo sexy y elegante. El joven se miró a sí mismo y se sintió un poco fuera de lugar con su indumentaria de calle.

-Espero que el silbido sea de aprobación.- Dijo la mujer en tono divertido.

-Sssí...en realidad no esperaba... ¡Estás magnífica! Me preguntó si en realidad es a mí a quién estabas esperando.

-Sí, tonto. Tú no estás tan mal, aunque hay cosas que podrían mejorarse en tu atuendo.

-Sin duda. Pero pensé que para ir a recorrer propiedades estar

vestido en forma casual era más adecuado. A tu lado pareceré un pariente pobre.

-No tengo parientes pelirrojos y de ojos claros. Si vas a hablar con el propietario de tu futura vivienda es mejor causarle una buena impresión. Pero salgamos ya, he concertado varias citas para visitar apartamentos en los alrededores.- Dijo mientras bajaba las escaleras hasta el nivel de la calle.

Ambos comenzaron a caminar y Federico se ubicó del lado del cordón de la vereda cediendo el lado de la pared de edificios a la mujer. Paula no tardó en apreciar la gentileza.

-¿Mantienen los buenos modales en Argentina?

-Lamentablemente no. Sólo que mi padre me instruyó en el trato con el otro sexo, sobre todo con el ejemplo. ¿Te parece anticuado y hasta ridículo?

-¡Todo lo contrario! Me halaga ser tratada con deferencia. En Brasil los modales corteses también se están perdiendo entre los jóvenes, y aquí en Estados Unidos, al menos en Nueva York, creo que jamás los han tenido.- Al margen de su habitual jovialidad brasileña Paula estaba particularmente complacida.

-Para completar el cuadro galante, ¿Por qué no caminamos tomados del brazo?

El joven así lo hizo y anduvieron un trecho.

-¿Sabes? Tiempo atrás una negra tomada del brazo de un blanco hubiera generado resquemores y críticas. ¿También en Argentina?

-No tenemos mucha gente descendiente de africanos en Buenos Aires. Supongo que ir contigo produciría bastante envidia, en particular entre los hombres de toda edad.

-¿Cómo es que no tienen negros? ¿No llevaron esclavos al país

los españoles?

-Sí, parece que bastantes. Pero varias pestes que asolaron la ciudad en el siglo XIX diezmaron a la población de color, así como las guerras de la independencia. Pero el último factor para la desaparición de negros fue la gran oleada inmigratoria.

-¿A qué te refieres?

-Los inmigrantes que llegaban de Europa superaron varias veces la población que ya existía en el país, y en su gran mayoría eran hombres solos. No había tantas familias completas como fueron a otras partes, inclusive Estados Unidos.

-¿Y entonces?

- Los que llegaban buscaban mujeres entre la población existente, incluyendo indias y negras. Hubo un gran mestizaje. O sea que los genes africanos no han desaparecido, están perdidos en el crisol de razas.

-Lo mismo ocurrió en Brasil. Ven, estamos llegando a la primera de las direcciones que tengo anotadas. Aquí debemos ver al encargado.

Brooklyn Heights es un barrio residencial de gente de ingresos medios y altos situado en el Borough de Brooklyn en la ciudad de Nueva York. La zona es conocida por su arquitectura de casas bajas de piedra marrón, la mayoría de ellos construidas antes de la Guerra Civil y por lo tanto de alto valor histórico.

La casa típica consta de tres o cuatro pisos de altura con la planta principal por encima del nivel de la calle al que se llega por unas típicas escaleras. Los sótanos están frecuentemente en un nivel más bajo que la calle y eran destinados a ser utilizados como áreas de

trabajo incluyendo la cocina. Las habitaciones de estar se hallan en el primer piso y los dormitorios en el segundo piso. Las partes traseras de cada lote cuentan en general con un jardín privado. Aparte de estas casas características de la zona sobre algunas de las calles existen auténticas mansiones.

A lo largo de la costa del East River se extiende el Promenade, una explanada arbolada desde la cual se tiene una magnífica vista del sur de Manhattan, los puentes Brooklyn y Manhattan y la Estatua de la Libertad.

Habían visitado ya los siete apartamentos que Paula había encontrado y se hallaban un poco cansados de caminar; la mujer dijo.

-Porque no vamos a pasear por el *Promenade* y busquemos un asiento para conversar sobre lo que hemos visto. Está a dos cuadras de aquí. ¿Sabes qué es?

-Sí. Creo que ya te mencioné que cuando mi padre vivió en Nueva York, hace ya muchos años, el primer apartamento que alquiló era en Brooklyn Heights. Mi madre con mis abuelos lo visitaron de modo que me han contado sobre esta zona y he visto fotos.

Efectivamente hallaron un asiento disponible mirando la bahía y la costa de Manhattan enfrente. La vista era magnífica y Federico caminó unos pasos a lo largo del borde sacando fotos con su celular. Los paseantes eran en su mayoría mujeres empujando cochecitos de bebés o acompañando a niños pequeños que correteaban por la amplia vereda.

Un hombre acertó a caminar aparentemente sin apuro. Federico

se sentó junto a la muchacha y repentinamente extendiendo su celular pidió al viandante que le sacara una foto a ambos. El hombre, no acostumbrado a que un extraño lo interpelara en la calle, se mostró sorprendido al principio pero de inmediato sonrió.

-Por supuesto.-Dijo guiñando un ojo.-Siéntense más juntos... bien...ahora pásale tu brazo por encima del respaldo del asiento...no, rodea sus hombros... así está perfecto. Sonrían...a ver, una foto más.

El episodio con el amable transeúnte produjo un efecto positivo en ambos jóvenes. Ambos se miraron fijamente en los ojos, Federico apretó gentilmente los hombros de la mujer y la acercó a su rostro. Los labios se unieron en un prolongado y apasionado beso. Perdieron cuenta del tiempo que estuvieron en esa situación hasta que de pronto se sintieron observados. En efecto un niño de unos seis años llevando en su mano un globo rojo situado a tres pasos de ellos los estaba mirando fijamente. Sobresaltada Paula se apartó y compuso su figura; la sangre había teñido su oscura tez. Finalmente superó el bochorno y expresó.

-¿No quieres venir a mi apartamento? Montague St. está a sólo tres cuadras.

Mientras iban caminando del brazo conversaban de los apartamentos que habían visto. Finalmente Federico dijo.

-Sí creo que el más apropiado es el de Henry St. Es pequeño pero se ajusta más a mis ingresos. Por toda respuesta Paula estiró su cuello y lo besó en la mejilla. La vivienda de Henry St. estaba solo a tres cuadras de su propio apartamento.

Al llegar a su casa, Paula llamó telefónicamente a un negocio de envío de comidas para ordenar el almuerzo, que previamente habían discutido con el muchacho. Mientras tanto puso la mesa con cubiertos para dos y ambos se sentaron a esperar la llegada del pedido en un sillón ubicado cerca de la ventana que daba a Montague St.

-Es una ventana pequeña.-Argumentó Federico mirando la abertura en la pared.- Apenas se ve un pequeño rectángulo del exterior y a pesar de que estamos en el segundo piso entra poca luz.

-¿Las ventanas en Buenos Aires son más amplias?

-Sí.

-También en Río de Janeiro.- Paula era carioca, es decir nativa de Río.- La diferencia está en el clima frío. Estas casas, sobre todo las antiguas, están diseñadas para conservar el calor con escasos medios de calefacción.

Federico se había acercado a la ventana y observaba el universo visible desde ella.

-¿Que ves?- Preguntó la muchacha.

-Ven y mira tú también.

Paula hizo lo sugerido. Ambos cuerpos se acercaron para compartir la visión de la calle y la mano del joven se posó sobre la cintura de ella atrayéndola hacia sí. La mujer dejó hacer, y finalmente posó su frente sobre el hombro de él. Federico era unos veinte centímetros más alto, por ello debió inclinar su cuello para poner sus labios en contacto una vez más. Besó la boca de la mujer, sus mejillas, su mentón y su cuello mientras sus manos recorrían la espalda y más allá. En ese momento sonó la campanilla de la puerta. Paula intentó alejarse pero su cuerpo estaba sólidamente aferrado.

-Si no puedo abrir la puerta no habrá almuerzo para ambos hoy.

-¿A quién le importa eso?- El tono mimoso del hombre revelaba a las claras que los instintos estaban prevaleciendo sobre el cerebro. Sin embargo Paula se desprendió y salió del apartamento volviendo luego de unos instantes con un paquete de olor apetitoso.

-Vamos a comer esto antes de que se enfríe.

Resignadamente Federico se sentó a la mesa con ella y comieron el menú que habían adquirido. Inconscientemente ambos deglutían apurados pues lo que en realidad les interesaba en ese momento estaba dictado por las hormonas y no por el hambre.

-Felizmente no hay platos que lavar. –Expresó aliviada Paula.- Solamente dispondré de estos recipientes de cartón y lavaré los cubiertos en un momento.

Al regresar a la sala Federico ya estaba sentado en el sillón esperándola. Cuando la mujer se sentó a su lado fue literalmente levantada en el aire y colocada sobre el regazo de él.

-Mira.- Dijo Paula mirando hacia la ventana.- Ha comenzado a llover.

-Perfecto para el amor.

Capítulo 4

Salió de la sala de reuniones satisfecha pero exhausta e incómoda. Luego de cuatro horas de exposiciones de ella y de su jefe, el Comité de Inversiones había aprobado el informe que resumía su labor de un mes y medio en América del Sud. Se había decidido llevar adelante todos los proyectos con la obvia y esperada excepción del de Caracas, que había sido congelado para mejor momento. En particular se había decidido ampliar los presupuestos de los de Sao Paulo y Buenos Aires y comenzar las gestiones de alquiler de los locales y las obras de refacción necesarias.

Lena fue derecho a la playa de estacionamiento y entró en su automóvil; recién al entrar en el habitáculo familiar sintió un lento relajamiento de su tensión y el aflojamiento de los músculos que habían estado tensados a un punto del que no era consciente. Apoyó las manos sobre el volante y la cabeza sobre las manos. La jugada había salido admirablemente bien, y la satisfacción con su trabajo supondría al final del año contable un bono importante; estaba segura de eso.

Se quitó los zapatos estrechos de tacos puntiagudos y se calzó unos mocasines que siempre llevaba en la cabina del auto; aflojó un cinturón que rodeaba su cintura y desabrochó su chaqueta. Recién entonces comenzó a sentirse cómoda, tanto en el plano físico como con su vida... ¿cómoda con su vida?... no tanto.

Puso en marcha el pequeño auto japonés y se dirigió directamente hacia su apartamento en Gramercy Park. En su mente coexistían sentimientos mezclados, la satisfacción con sus logros

profesionales y un sentido difuso de vacío difícil de llenar y de origen incierto.

Al llegar a casa se desvistió cuidadosamente, doblando la ropa que se sacaba y guardándola a medida que lo hacía. Lena sabía que su relación con el orden y la pulcritud albergaba una cierta dosis de neurosis, pero a la vez ese hábito era altamente funcional en su vida y la convertía en la mujer competitiva y eficiente que todo el mundo admiraba. Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente cayera por su cuerpo y descontracturara sus músculos, particularmente aquellos de la columna cervical.

Luego de una ligera colación prendió su computadora de escritorio Mac y entró en sus correos electrónicos, en primer término en el que utilizaba para sus actividades profesionales. La lista de mensajes pendientes era larguísima pero a primera vista no vio nada que requiriera su atención urgente. Al día siguiente volvería a entrar y mirar en forma detenida cada uno de ellos de los que seguramente descartaría la gran mayoría. Luego entró en otra dirección de correo que usaba para sus temas personales; separar un aspecto del otro era otro síntoma de lo que ella misma interpretaba como manifestación de sus neurosis. Al ingresar y mirar de reojo supo que lo que esperaba encontrar no se hallaba, pero sí había un correo enviado por *jmcfoux*. Lena emitió un ligero suspiro al encontrarlo y lo abrió con una mezcla de sentido de culpa y ansiedad.

El mensaje era breve y decía.

-He llegado ayer a Nueva York y voy a quedarme por un espacio de tiempo. Anheló verte.

Cédric

La mujer cambió su posición en la silla ergonómica que tenía

frente a la computadora recostándose sobre el respaldo. Un vendaval de recuerdos y sentimientos invadieron su mente produciéndole un efecto resultante agridulce.

Cuando diez años atrás Lena se había divorciado de su primer y único marido en medio de un proceso legal costoso y de una situación personal penosa, el destino y su trabajo en la empresa pusieron en su camino a Cédric Castries Foux, una especie de consultor todoterreno para aquellas empresas que querían abrirse camino en el campo de la moda. El hombre tenía contactos aceitados en París, Milán y todos los centros donde se crean las tendencias que luego se convierten en mundiales en materia de indumentaria. Era un asesor *ad hoc* de la firma en que se desempeñaba Lena y sus jefes la enviaron en aquel entonces a Francia para desarrollar un programa que a la postre resultó un éxito y le abrió a la empresa muchas puertas en Europa; el contacto en París con quien contaba la mujer era precisamente Cédric. Allí habían trabajado codo a codo y se habían convertido en amantes por un tiempo. El francés pertenecía de alguna manera a la baja nobleza de una región de Francia, aunque Lena nunca supo en qué consistía esa vinculación. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años en ese entonces, muy bien parecido y de modales refinados, y había actuado como un amante gentil y generoso, cuyo primer deseo era complacer a sus mujeres en todos los planos, intelectual, anímico y físico. Lena le había tomado un profundo cariño aunque nunca se había considerado enamorada de él. Era un sentimiento dulce y grato pero epidérmico, *light*.

De todas maneras la venida del francés era providencial pues llegaba a ella en momentos en que una vez superada la instancia de ansiedad representada por su viaje a Sud América, el reflujo emotivo

la ponía nuevamente en contacto con un vacío interno del que era crecientemente consciente. Ciertamente, reflexionó, al alivio sería pasajero pues Cédric no podía llenar ese espacio, pero a lo más que podía aspirar Lena en ese momento era seguir hacia adelante un trecho más, a la espera de que algo surgiera en su vida que la llenara de un propósito.

La mujer contestó el correo con una alegría controlada, diciendo que también ella deseaba reunirse con Cédric y le agregaba su número de celular y de teléfono fijo en Nueva York. Lena sintió que si bien la vida no le ponía en su camino soluciones definitivas al menos sí le ofrecía atajos aceptables.

Cédric ya la estaba esperando en el restaurant y había reservado una mesa bien ubicada. Al verla saltó de su silla con una agilidad sorprendente y salió a su encuentro. Lena recordó con placer su físico alto y delgado, impecablemente vestido con trajes de los mejores sastres de París. Su aspecto era clásico pero no anticuado. Sin embargo había envejecido desde la última vez que lo había visto; Lena recordó que debería estar promediando la cincuentena.

-Lena querida. ¡Estás deslumbrante!- Acto seguido besó afectuosamente a la mujer en ambas mejillas. Había comenzado a hablar en francés pero inmediatamente cambió de idioma. Hablaba un inglés británico muy correcto, fruto de su educación en Inglaterra, pero con un acento que los franceses difícilmente pierden. Escoltó a la mujer a la mesa y apartó la silla para que ella se sentara. Lena no pudo sino reconocer que era halagador ser tratada de esa forma en público y pensó que al verlo varias de las mujeres de las mesas vecinas estarían exigiendo a sus maridos o novios que tomaran una clase de modales

con las damas.

-Cédric ¿Cuánto hace que no nos vemos?

-Casi exactamente cuatro años *ma chérie*, desde la última vez que estuve en Nueva York. Te he extrañado muchísimo.

-Cuéntame que has estado haciendo todo ese tiempo.

Cédric era un narrador muy ameno y lo demostró una vez más; contó su estadía en Japón y China en forma muy colorida y ambos rieron con frecuencia en el curso de la charla. El relato incluía una vena ligeramente erótica.

- ¡Viejo bandido! Recuerdo tu preferencia por las asiáticas. ¿Con cuánta de ellas te has acostado en tu estadía en Oriente?

-Tú sabes, tengo que formarme una opinión de primera mano del mercado en que me encuentro si tengo que asesorar a mis clientes sobre moda femenina.

-¡Que excusa tan extravagante! Pero no eludas mi pregunta. Dime con cuántas.

-Lena querida, no es cuestión de matemáticas sino cualitativa.

Despertó de madrugada y se recostó en el respaldo de la cama quedando incorporada a medias. Bajo la suave luz que se filtraba por la ventana de la sala pudo ver a su lado el cuerpo del francés durmiendo apaciblemente. Su mente recomenzó con el proceso de autoevaluación de su vida que se había constituido en el factor común de sus pensamientos en los últimos tiempos, sin duda asociado a la etapa iniciada cuando había cumplido cuarenta años. Aunque su vida matrimonial había sido un desastre, Lena debía reconocer que su instinto no la defraudaba al elegir a sus amantes; repasando contó cuatro con los que había llegado a intimar y todos ellos eran aceptables

desde cualquier punto de vista, físico, intelectual y moral. Era consciente de que su gran atractivo físico le permitía elegir el hombre que quisiera pero simplemente no había acertado uno con el que sintiera que podía establecer un vínculo permanente; consciente o inconscientemente Lena había hecho fracasar todas las búsquedas de pareja y en el fondo sabía que sin embargo estaba a la espera del hombre adecuado y que lo reconocería tan pronto lo viera. No se había presentado uno que cumpliera esa condición hasta que recientemente... pero bueno, Lena agitó su cabeza como para borrar de su mente un pensamiento que se iba tornando obsesivo.

Capítulo 5

Desde que se había mudado al apartamento alquilado en Brooklyn Heights Federico iba a él casi exclusivamente a dormir. Casi todas las tardes regresaba de la oficina junto a Paula y en el apartamento de la mujer se duchaba y permanecía hasta la hora de la cena, que, siendo ambos latinos, tenía usualmente lugar no antes de las 20:30 horas. Todos los escauceos románticos tenían lugar antes y después de la cena y el joven resistía las invitaciones de la muchacha de quedarse a dormir en su casa, distante sólo tres cuadras de la propia. En efecto, quería tener un espacio y un tiempo para sí mismo. Por la misma razón había declinado la sugerencia de Paula de mudarse con ella y compartir el costo de la renta y los gastos de los servicios, como la electricidad, internet y otros.

Los fines de semana eran un tema distinto. A instancias de la mujer, que era quien organizaba los programas, repartían sus salidas entre idas al cine y a bailar. En este último aspecto era donde más diferían no sólo sus gustos sino sus habilidades. Como buena afro brasileña Paula llevaba el ritmo en el cuerpo y con frecuencia se convertía en el centro de las miradas de otros bailarines, mientras que a Federico no le agradaba mover el cuerpo en forma pública, por algún complejo oculto o simplemente por timidez. Con todo, la muchacha había logrado enseñarle algunos pasos de baile y de esa manera salía adelante, aunque a regañadientes. Contrariamente, la performance de ambos en el lecho era sumamente satisfactoria y armónica.

Ese domingo a la madrugada Federico meditaba semi-acostado en la cama al lado de la joven. La noche anterior habían llegado

particularmente tarde y por fin Paula lo había convencido de quedarse con ella, con el argumento de que quería que amanecieran juntos. El muchacho la miró con ternura. Sin que ella se lo hubiese dicho había ya comprendido que la mujer albergaba fuertes sentimientos y tenía expectativas puestas en él y como no entendía sus propios sentimientos no sabía qué hacer con ese afecto recibido. Estaba sumido en sus conflictos cuando se percató que ella también se había despertado y con la cabeza apoyada en la almohada lo miraba en silencio.

-¿En qué piensas?-Preguntó ella.

-En nada.-Fue la evasiva e inconvincente respuesta.

-¿Has comprendido ya que estoy enamorada de ti, verdad?

La candidez de la pregunta lo desarmó y dejó sin respuesta.

-¿Te has cansado de mí y comienzo a ser una rutina y un estorbo?- Prosiguió la mujer.

-No sé cómo puedes pensar eso. Es totalmente falso.

Paula se dio vuelta hacia el lado contrario de la cama con el objeto de ocultar sus lágrimas.

-Es que te amo y temo que me dejes, que te aburras de esta negra tonta.

La reacción de Federico fue profunda y sincera; en efecto odiaba la idea de hacer sufrir involuntariamente a la muchacha. Por toda respuesta se inclinó sobre el rostro de ella y lo cubrió de besos, y persistió en sus arrumacos hasta que vio finalmente una sonrisa en sus labios. Luego se levantó del lecho y se dirigió, con el torso desnudo, a la estrecha ventana. Corriendo un poco las cortinas vio unos niños jugando en la vereda, moviéndose activamente para alejar el frío de la mañana de ese domingo. En medio de esa postal idílica Federico

reconoció que había andado un largo trecho en su relación y ahora no sabía cómo seguir.

Al regresar a las oficinas el lunes siguiente Paula y Federico lo hicieron juntos. Para eso el muchacho pasaba primero por la casa de ella y luego se dirigían juntos a la estación del metro de modo de poder compartir también ese tiempo.

Al verlos llegar los escasos compañeros que ya se hallaban en sus escritorios contestaron rutinariamente sus saludos. Si había habido chismes sobre la relación entre ambos era cosa del pasado ya que todos habían asumido que eran una especie de pareja. Al principio algunas empleadas jóvenes, blancas y negras se habían mordido los labios de envidia y lo mismo había hecho George Adams, jefe de ambos que quizás tenía sus ojos puestos en su secretaria, a pesar de ser un hombre casado.

Sentada en una hamaca en la amplia terraza del hotel contempló el magnífico paisaje que le ofrecía el mar allí abajo y tan cercano. Tomó un sorbo del trago que Cèdric le había hecho preparar antes de retornar a su habitación para hacer una cantidad de llamadas de negocios, las que solía realizar todos los días de mañana temprano para ponerse en contacto con firmas de Europa y Lejano Oriente.

Lena y el francés habían viajado a Miami el día anterior y se habían alojado en un lujoso hotel de Bal Harbor con el propósito de pasar allí cinco días antes de regresar a Nueva York y al invierno que se acercaba. La mujer estaba sorprendida de la evolución que habían tenido Miami y su zona aledaña desde la última vez que había estado allí, que si mal no recordaba había sido cinco años antes, quizás seis.

Su trabajo le daba la oportunidad de viajar extensamente por el mundo visitando sobre todo las nuevas plazas donde la firma buscaba expandirse, de modo que solía aprovechar para intercalar días de vacaciones en algunos de esos sitios y los lugares turísticos tradicionales en Estados Unidos quedaban de esa forma postergados.

Lena suspiró, sabía que vista desde fuera llevaba una vida de lujo, pero era también una vida muy solitaria, sin posibilidades de echar raíces en ningún sitio. En particular le preocupaba el saber que estaba pasando su tiempo para un casamiento estable y la maternidad y no tenía forma de detener la biología. En el trasfondo de su alma había una especie de urgencia para resolver esa situación. No le faltaban candidatos deseosos de establecer con ella un vínculo permanente, y sabía que Cèdric estaba dispuesto a desposarla en ese mismo momento, allí en Miami y en Bal Harbor si ella lo aceptaba, pero ya había decidido que no era el hombre que esperaba.

Una imagen cruzó su mente fugazmente eludiendo el cerco que Lena había establecido para alejarlo. Sin embargo ese recuerdo regresaba cada tanto, cuando sus defensas contra ese pensamiento estaban bajas.

Lena era una mujer realista y se conocía profundamente; concluyó que si no resolvía ese tema y se acercaba de alguna manera a ese hombre su recuerdo terminaría en una neurosis.

<Muchacha, debes buscar activamente lo que quieres, en vez de estar tratando vanamente de borrar su recuerdo.>

Alzó la vista y vio que Cèdric se acercaba con otro par de tragos en las manos.

<Demasiado alcohol para una mañana>

Lena tomó el largo vaso de las manos del hombre. En realidad,

pensó, con lo que tengo que decirle es mejor si se ha tomado antes unas cuantas copas. Pensó como transmitirle el mensaje en la forma más suave. Sabía que al margen de algunas entrevistas de negocios que debía llevar a cabo, esta vez Cédric había ido a Nueva York esencialmente para proponerle matrimonio. Aunque era halagador por tratarse de un hombre apuesto y de buen pasar, Lena decidió que no era justo permitir que el francés albergara esperanzas en vano y estaba dispuesta a afrontar el incómodo trance de comunicárselo cuanto antes.

Capítulo 6

Recién había llegado a su apartamento y se aprestaba a la ducha diaria antes de ir a cenar con Paula. Ya se había desnudado cuando oyó el clásico sonido de su celular que le informaba que había recibido un mensaje a través de *what's app*. Tuvo el impulso de leerlo en el momento pero sintió un escalofrío atribuible a que la encargada del edificio, sin dudas siguiendo instrucciones de la dueña, ponía la calefacción baja durante el día pensando que a esa hora los apartamentos estaban vacíos ya que todos los inquilinos trabajaban, y solamente la subía a partir de las cinco de la tarde, por lo que los ambientes sólo tenían una temperatura tibia a la noche. El temor de enfriarse lo convenció de ir a la ducha y leer el mensaje al salir.

Se estaba vistiendo para recorrer las tres cuadras que separaban su vivienda de la de Paula cuando el mensaje vino a su mente. Terminó de calzarse los zapatos y recogió el teléfono móvil, metiéndoselo en el bolsillo trasero del jean. Luego se puso la chaqueta de abrigo y tomó las llaves de la casa; abrió la puerta del apartamento y ya se disponía a salir cuando recordó una vez más en mensaje. Extrajo el aparato del bolsillo trasero y lo activó, buscando el ícono de *what's app* leyendo de inmediato el mensaje arribado.

“Asiento 14B.”

-¿Pero qué diablos...?- Exclamó mientras un vago recuerdo se abría camino en su mente. En ese momento oyó nuevamente el sonido del celular avisando la llegada de otro mensaje.

“Recuerda Gramercy Park.”

Esta vez un rayo de claridad se extendió sobre la bruma

originada por el primer mensaje. Sentimientos mezclados le crearon un momento de incertidumbre. El mensaje sólo le mostraba el número de teléfono del que procedía la llamada. El joven fue esta vez al ícono de “Contactos” del celular y buscó el nombre al que pertenecía el número, lo que confirmó sus sospechas. Otra vez sonó el celular pero esta vez era una llamada convencional. Federico la tomó de inmediato.

-Te estoy esperando con la cena. ¿Vas a venir o no?

La voz de Paula lo volvió a la realidad.

-Ya estoy saliendo de casa. Tardé en ducharme.

Se sintió un poco molesto de tener que dar explicaciones pero así funcionaban las cosas en esos momentos. Decidió dejar de lado el análisis del par de llamadas de *what's app* para el momento en que regresara a su casa y se dirigió hacia Montague St.

Pretextando una cierta indisposición se retiró del apartamento de la mujer más temprano de lo que solía hacerlo. Paula lo despidió con cara compungida.

-¿Seguro que no necesitas alguna medicación? ¿Irás a trabajar mañana?

Federico odiaba preocupar a la muchacha, pero tenía dentro de su mente una urgencia de despejar las incógnitas que se ocultaban tras los mensajes recibidos más temprano y dilucidar sus propios deseos.

Al llegar se acostó vestido en la cama, cosa que jamás hacía. Tomó el celular, lo activó y desplegó nuevamente el último mensaje, mirándolo fijamente como para que le mostrara su significado. Debatió consigo mismo qué actitud adoptar hasta que la respuesta obvia se impuso.

<Si quieres saber que significa debes preguntárselo a quien lo

envió.>

¡Listo! Ya estaba aclarado, pero ¿De qué forma lo haría? No quería quedar mal parado si el mensaje no quería decir lo que él pensaba, o si en realidad estaba pensado para otra persona y what's app le había jugado a la remitente una mala pasada. Federico se dio cuenta de inmediato que todos esos reparos eran absurdos y que 14A sólo podía estar dirigido a él. Tomó una decisión, recogió el celular que había dejado sobre la cama y respondió los textos llegados con un breve mensaje que buscaba aclarar la situación.

En su viaje en taxi del aeropuerto La Guardia a su casa en Manhattan Lena extrajo su celular de su cartera y lo encendió sacándolo del “Modo avión”. Aunque deseaba no ceder a su ansiedad y actuar impulsivamente buscó de inmediato los mensajes arribados. De entre la docena de textos encontró de inmediato el que buscaba y una sonrisa se dibujó en sus labios.

“Deseando reencontrarme con el 14A”

Al llegar a casa Lena estaba exultante. No quería hacerse ilusiones que pudieran ser defraudadas luego pero el mensaje de respuesta abría inesperadamente una ventana que podía echar luz sobre el pozo de sus ansiedades más acuciantes. Recordó el instante en que había visto a Federico buscando su asiento por el pasillo del avión y recién entonces se reconoció a sí misma que en ese momento lo había marcado; la charla posterior con él la había persuadido de que se trataba de un joven inteligente y de buena naturaleza, un poco ingenuo quizás. Su *superyó*, esa instancia moral enjuiciadora de las actividades del *yo* que le había sido inculcado por su madre irlandesa y católica le reprochaba estar detrás de un hombre por lo menos quince años más

joven, pero en realidad entendió que su juventud en realidad haría más gratificante su conquista. Lena no deseaba abandonar sus valores y creencias, pero sí quitarse de encima el peso muerto de convenciones a las que no encontraba sentido y vivir de acuerdo a sus necesidades físicas y psíquicas y tranquilizar su espíritu que últimamente estaba falto de sosiego.

Dejó su abrigo sobre un sillón, la maleta parada sobre sus rueditas en el pasillo y se dirigió al teléfono. Allí marcó el número de la casa de sus padres que vivían en Queens. Se sintió aliviada cuando le atendió el padre ya que no estaba preparada para hablar con su madre. Bernard Javit siempre había sido más condescendiente e infinitamente más compinche con su hija que su mujer Sheila. La conversación duró casi media hora durante la cual padre e hija se transmitieron noticias sobre sus respectivas vidas. Lena, aunque contó sobre su breve viaje a Miami, se cuidó muy bien de comentar que había ido con Cèdric y por supuesto de hablar de Federico.

Una vez que la llamada hubo concluido, Lena sintió que hablar largamente con su padre le había permitido liberar ciertas tensiones abriendo una válvula para expresar su regocijo.

Tan pronto cortó la comunicación Bernard Javit corrió hacia la puerta de su apartamento y abrió a su mujer, quien venía del supermercado con los brazos cargados y no acertaba a introducir la llave en la cerradura. El marido tomó la mayoría de los paquetes y los llevó a la cocina, seguido de su esposa que cargaba el resto.

-Antes que me olvide, llamó Lena. Recién cortamos la llamada.

-¿Te contó dónde estuvo?-Preguntó Sheila.-Yo llamé a su casa dos veces el lunes y no obtuve respuesta ni tampoco contestó el mensaje que le dejé.

- Acaba de llegar de Miami.

-No avisó que se iba.

-Lo decidió de improviso. Necesitaba un descanso después del viaje a América del Sur.

-¿Fue sola? Quiero decir, a Miami.

-No me dijo lo contrario. Si quieres pregúntaselo tú. Conoces su número telefónico.

-¿De qué humor la encontraste?

-Sonaba exultante. Por favor si la llamas no le cambies el humor.- Bernard conocía bien a su mujer.

También Federico se sintió impelido a hablar con su familia luego del mensaje, como si el restablecimiento de contactos perdidos a través del *what's app* alentase en todos ciertos deberes filiales descuidados. En este caso también habló con su padre quien luego pasó el tubo del teléfono a su madre. Federico tuvo que repetir la explicación sobre sus actividades desde su llegada a Nueva York, ciudad que sus padres conocían.

-Así que te has mudado a Brooklyn Heights! ¿Qué te ha parecido el lugar? ¿Está tal como lo conocimos tu padre y yo hace tantos años?

-Pienso que está igual y muy distinto.

-¿Dónde vives?

-En Henry St.

-Nosotros vivíamos en Hicks St.

-Son sitios muy cercanos.

-Y dime ¿Hay alguna dama de la cual quieras contar algo a tu madre?

-Sólo compañeras de trabajo.- El joven deseaba minimizar las expectativas de su madre.

-¿Qué pasa? ¿Las neoyorquinas han perdido el apetito por los hombres apuestos?

-No lo creo. Bueno, ahora debo meterme en la cama. ¿Qué hora es en Buenos Aires? ¿Las once y media de la noche?

- No me fijé en la hora antes de llamarlos ¿Cómo es que no se han ido a la cama?

-Desde que tu padre se jubiló cambiamos los horarios.

También Federico sintió un alivio luego de hablar con su familia. Se fue a la cama con una idea rondándole la cabeza.

< ¿Qué rol desempeñaba Paula es todo este nuevo panorama?>

Capítulo 7

Era viernes y había tenido una semana intensa de trabajo, que sin embargo había aprovechado para poner luz sobre sus intenciones. Se conocía lo suficiente como para saber que Federico no era sólo un capricho de una mujer madura deseosa de tener un hombre más joven y apuesto para exhibirlo, sino que la charla con él en el viaje de Buenos Aires a Nueva York había tocado alguna fibra íntima en su interior que no descansaría hasta verse satisfecha. El muchacho había sido también impactado por ella, lo que no era infrecuente en su vida por su aspecto exterior y su personalidad, y Lena estaba segura que no era el tipo de aprendiz de *gigoló* a la caza de un medio de vida fácil sin trabajar. No quería hacerse ilusiones que pudieran quedar luego defraudadas, pero en el fondo sentía que era su oportunidad en la vida de lograr una pareja que cumpliera todas sus expectativas. No cabía duda de que el primer filtro era realizado por los ojos, y Federico le agradaba profundamente.

Con todos esos pensamientos en mente Lena estaba por enviar un nuevo mensaje de *what's app* al joven para preguntarle si era un momento oportuno para llamarlo y conversar directamente. Una charla vale más que mil mensajes de texto y una conversación presencial de persona a persona más que mil charlas telefónicas, pero bien, ese sería el siguiente paso que quería programar.

En el momento que extrajo el celular un aviso le apareció en la pantalla.

“Llamada de Ira”

Ira Gorkin era su jefe y *sponsor* en la compañía en que

trabajaba; Lena debía su puesto de trabajo y su elevado salario a su propia capacidad y también al apoyo de su superior. Ira era un pariente lejano de su padre y la había conocido cuando aún Lena era estudiante de arquitectura; al recibirse le había propuesto un cargo en la empresa y la mujer había luego escalado por sus méritos.

Aunque ardía por los deseos de hablar con Federico decidió que lo mejor era realizar primero la llamada de trabajo para estar luego liberada para programar su fin de semana a su placer. Marcó el número de Ira y luego de los saludos convencionales en hombre le dijo.

-Discúlpame la prisa pero estoy por entrar en una reunión.
Escucha, ¿Tienes tu pasaporte al día?

-Claro, acabo de llegar de viaje de Sud América.

-Necesito que vueles el domingo a Venecia y te encuentres allí con una persona cuyos datos te daré luego por correo electrónico. Estamos por cerrar trato con una cadena italiana y es urgente que visites y elijas entre varios locales comerciales que nos están proponiendo para otorgarles nuestra franquicia. Tenemos grandes expectativas de hacer negocios con estos italianos. ¿Tenías algo proyectado para este fin semana?

-Bueno. En realidad yo...

-Lena, no insistiría si no fuera tan importante.

- Ira, acabo de llegar de un viaje de varias semanas. Quisiera tener una vida también.

-Será sólo un par de semanas, te lo recompensaremos bien. Ya sabes que te estoy proponiendo para reemplazar a Steve cuando se retire.

Lena sabía que no tenía sentido insistir porque tendría que terminar aceptando en encargo.

-Bien. Iré a Venecia.

-Excelente, no te arrepentirás. De paso tendrás una oportunidad romántica que no se da en muchas partes del mundo. Quizás encuentres a alguien allá.- El tono de Ira se había convertido en irónico.- Pero atención, te quiero de regreso en Nueva York.

Lena se sentía como si le hubieran arrojado un balde agua fría, y recién entonces recapacitó sobre las expectativas que había depositado en un *randez vous* con Federico. Resignadamente optó por enviarle un mensaje con el celular pero verbal, pensando que era mejor que el joven recordara su voz. Pensó bien que debía decirle.

Estaba en su puesto de trabajo cuando el celular le avisó que tenía un mensaje entrante. Al ver que era de Lena se le aceleró un poco el pulso. Estaba proyectando hablar con la mujer aprovechando que ese fin de semana Paula viajaría a Nueva Jersey a pasar unos días con sus padres y hermanos a quienes la joven tenía pensado hablarles de él, lo que producía sentimientos conflictivos a Federico. Ya se estaba retirando de la oficina de modo que postergó la escucha del mensaje hasta salir del edificio y tener privacidad para oírlo; paradójicamente iba a buscarla entre la multitud que a esas horas deambulaba por Broadway.

Al salir del edificio se paró en la calle para oír el mensaje hablado.

“Tenía proyectado hablarte para combinar un encuentro este fin de semana, pero me acaban de llamar para *exigirme* que viaje a Venecia. Se trata de un par de semanas. Deseo poder verte al regreso. Te tendré al tanto.”

El mensaje tuvo un efecto dual sobre Federico. Por un lado

había planeado también él llamar a Lena, luego del breve cruce de mensajes anterior, y se perdía la oportunidad de hacerlo en un fin de semana libre. Pero por otro lado resultaba evidente el interés de la mujer en él. Federico suspiró, recordó el ovalo perfecto del rostro de ella, sus hermosos ojos azules, el cabello rubio de un extraño matiz, su silueta esbelta y su porte elegante. El oír la voz ligeramente ronca y envolvente de la mujer le trajo un grato recuerdo de su encuentro en el avión.

Bajó del avión luego del prolongado vuelo de Nueva York al aeropuerto Marco Polo. Pasó los controles aduaneros y migratorios y tomó un taxi hasta su hotel. Al registrarse el empleado del escritorio le alcanzó un mensaje que estaba esperándola.

“Pasaré a buscarte el domingo a las 17 horas. Hoy eres mi invitada.”

La esquila estaba firmada por Tiziana Bressan. Lena confirmó en la agenda de su celular que ese era efectivamente el nombre del contacto en Venecia que Ira le había proporcionado.

Una vez en la habitación del lujoso aunque antiguo hotel desempacó sus ropas y demás pertenencias colgándolas en perchas para eliminar las arrugas del viaje, conectó su *notebook* para leer los correos llegados, durante el viaje, se duchó y se acostó a descansar. El orden y la prolijidad eran la segunda naturaleza de Lena quien organizaba a su manera el entorno dondequiera que se hallara. Esta característica, que era apreciada por sus jefes, sin embargo le producía a ella misma ciertos reparos por el sesgo neurótico que creía escondido tras el afán perfeccionista que la impulsaba. De todas maneras, debía reconocer que era funcional al logro de sus fines

profesionales. Deseaba ahora poner esa característica al servicio de su vida personal; en efecto, durante el viaje en avión había elucubrado el tejido de varias redes en torno a Federico, que era el centro de sus deseos.

Aunque no se habían visto jamás, tan pronto Lena bajó del ascensor y dio unos pasos por el hall del hotel ambas mujeres se reconocieron y avanzaron una hacia la otra. Tiziana era sin embargo muy distinta a la clásica matrona italiana que Lena había supuesto. Se trataba de una mujer de menor estatura que ella, delgada y de piel muy blanca en la que sobresalían sus grandes ojos castaños y su cabello oscuro, pero sin duda la característica más notable de su presencia era su indumentaria y su porte. Estaba vestida con pantalones de franela y una chaqueta de tweed, un chaleco del mismo material que la chaqueta con una cadena dorada cruzada de un bolsillo al otro, botas indudablemente hechas a medida por algún excelente zapatero italiano y usaba un sombrero típicamente masculino. El conjunto era elegante y le hizo pensar a la americana en el atuendo de un terrateniente inglés. Lena se preguntó de inmediato si ese aspecto era una simple postura *snob* o revelaba las inclinaciones sexuales de su anfitriona. El tema no tardaría en ser revelado.

Tiziana avanzó hacia ella y la besó en ambas mejillas en forma típicamente europea, que ya resultaba familiar para Lena por su relación previa con Cédric. La italiana hablaba inglés británico con un acento que a Lena le resultaba indescifrable; sus modos eran encantadores y envolventes y revelaban una educación esmerada. Un taxi las estaba esperando en la puerta del hotel para llevarlas a una casa de té donde la italiana había reservado un sitio discreto y

apartado.

Desde el comienzo la charla fue variada e interesante y se hizo tan fluida que parecía que ambas mujeres se conocieran de toda la vida y solamente hubieran estado separadas por un cierto tiempo.

Lena se enteró que su interlocutora era nacida en Venecia y por su lado materno pertenecía a una de las familias patricias de la ciudad, lo que aparentemente le otorgaba ciertos derechos que la americana no llegaba a comprender. Por parte paterna descendía de comerciantes con negocios en toda Europa, lo que evidentemente le otorgaba otras ventajas más concretas que Lena sí entendía. Había sido educada en escuelas italianas y suizas y hablaba cuatro idiomas correctamente, lo que resultaba embarazoso para la recién llegado que sólo podía expresarse en inglés americano. Esa formación quizás explicaba el acento neutro con que hablaba inglés.

Luego fue el turno de Lena de narrar su *background*, lo que hizo en su forma sobria.

-Dime Lena.- Preguntó la veneciana en un tono aparentemente casual.- ¿Eres casada?

La pregunta personal tomó a la aludida por sorpresa pero contestó de inmediato.

-No en el momento presente. ¿Y tú?

-No, aunque he estado casada. – Dado que Tiziana era un mujer muy bonita la respuesta abonó la sospecha sobre sus inclinaciones en materia de sexo. Adivinando los procesos mentales de Lena la italiana agregó en forma enigmática.

-Tú sabes...

La conversación entró en un terreno personal sobre el que la americana jamás había discutido con sus amigas, lo que la obligó a

reflexionar que tan cercanas esas amigas eran. Sin embargo y para su sorpresa Lena no se sintió ultrajada ni invadida por esa proximidad súbita sino que lo experimentó como una liberación y se encontró expresando contenidos de sus emociones que ni siquiera sabía que se hallaran en su interior. De pronto Lena entendió la relación que su madre tenía con sus propias amigas, muchas de las cuales antiguas compañeras de la escuela media y mientras discurría con su anfitriona se preguntaba cuantas cosas simples de la vida había postergado por su carrera profesional. La decisión fue creciendo en su interior de ir llenando esos vacíos en el futuro inmediato, y asoció estas ideas con sus proyectos relativos al muchacho argentino.

En suma, y sin que ella lo percibiera, un proceso de replanteo iba tomando cuerpo en la mente y alma de Lena que supondría cambios muy profundos y la apertura a experiencias radicalmente nuevas.

Capítulo 8

El viaje de Paula lo había dejado por primera vez desde su llegada a Nueva York sin un programa definido de realización inmediata, y el mensaje de Lena sobre su ausencia por dos semanas había coartado el curso de acción alternativo que había planeado de modo que Federico se encontraba responsable de sus actos sin un marco de relaciones que lo guiara. También por primera vez se sentía perdido en la inmensa metrópolis aun desconocida.

Contra su costumbre de levantarse temprano que remitía a la escuela primaria esta vez haraganeó en la cama hasta que se le hizo insoportable. De mal humor desayunó y se sentó en el único sillón de la sala a pensar que hacer. Como ninguna idea atractiva vino a su mente se vistió con unos jeans y una chaqueta deportiva y salió sin rumbo a recorrer el barrio. En efecto, desde su llegada a Brooklyn Heights sus recorridas estaban por lo general restringidas a caminar hasta la estación de metro más próxima, ya fuera solo o con Paula. Caminó por Henry St. y dobló por calles paralelas y perpendiculares con la idea de formarse una imagen mental del barrio. Recordaba las narraciones de sus padres cuando habían estado en el mismo vecindario treinta años antes y comenzó a crecer dentro de él un cierto sentido de pertenencia al sitio. Una vez que consideró que seguir caminando sería simplemente más de lo mismo, enfiló hacia el *Promenade* que ya había visualizado antes en forma fugaz.

Una vez más lo impactó la amplia vista de la bahía, el extremo

sur de Manhattan que se veía de forma privilegiada desde el lugar, la Estatua de la Libertad, los puentes de Brooklyn y Manhattan en un extremo y el Verrazano en el opuesto. Recorrió toda la extensión del paseo y luego se sintió fatigado, fruto sin duda de la vida sedentaria que estaba llevando y que pensó debía cambiar; por fin se sentó en uno de los bancos situados en la explanada. Una bruma comenzaba a extenderse desde el mar y meditó que no podría quedarse por demasiado tiempo. En efecto vio que varias personas de edad que estaban sentadas en bancos vecinos comenzaban a retirarse. En el costado izquierdo vio a una mujer joven empujando un cochecito de bebé cubierto por una capota de plástico transparente para preservar a la criatura del frío. La muchacha era evidentemente una de las muchas criadas que las familias pudientes de la zona contrataban para hacerse cargo de los niños entre otras obligaciones. Para realizar sus obvias tareas se hallaba pulcramente vestida y el cochecito era un artefacto evidentemente costoso. No cabía duda que los patrones no reparaban en costos y deseaban estar a tono con el vecindario. Federico miró a la joven a medida que se acercaba y distinguió sus facciones regulares de obvio origen oriental; el conjunto de la muchacha, de pequeña talla, era a la vez frágil y atractivo.

La joven estaba por pasar por delante del banco y sin duda por su crianza recatada no desvió sus ojos hacia él. Federico apartó sus ojos para mirar al cielo que lucía amenazante, con algunos relámpagos en el horizonte oriental. En un momento oyó un fuerte ruido metálico, una suerte de crack de un objeto quebrándose, seguido del llanto de una criatura pequeña. Vio que la criada intentaba mantener el cochecito derecho mientras a varios metros una de las ruedas del pequeño vehículo se alejaba rodando hacia el borde de la explanada. Sin

pensarlo el joven se levantó y se dirigió corriendo hacia la rueda prófuga hasta alcanzarla, la volteó sobre uno de sus costados y luego la tomó en sus manos; luego miró a la muchacha que aún trataba de controlar al coche del bebé que se bamboleaba inestable. Federico se acercó portando la rueda mientras que la chica levantaba al bebé para consolarlo de su susto. El muchacho se arrodilló e intentó colocar la rueda en su sitio lográndolo sólo en forma precaria, y mientras tanto oía el dulce sonido de una melodía que le pareció una suerte de canción de cuna que tuvo el resultado de calmar a la criatura, ya más tranquila en brazos de un adulto.

Federico miró a la muchacha y por primera vez logró establecer contacto visual con ella. Aunque no era experto en razas orientales dejó de lado su suposición de que se tratara de una joven filipina y se decantó por una china. Su rostro era aniñado y sus rasgos perfectos, sin ese corte de cara de luna llena que a veces tienen sus compatriotas.

-Pude colocar la rueda pero en forma provisoria.- Dijo con voz suave.- ¿Tienes que llevar lejos al bebé?

-La casa está a tres cuadras.-Respondió tímidamente la muchacha.

-Si puedes cargarlo durante ese trayecto yo te acompaño llevando el coche.

Por toda respuesta la mujer sonrió y asintió con la cabeza.

Las tres cuadras resultaron cinco y durante todo ese trayecto ambos jóvenes conversaron aunque en medio de algunas dificultades idiomáticas, particularmente por el limitado vocabulario de la chica. Se trataba efectivamente de una china, nacida diecinueve años antes en la Provincia de Zhejiang, no muy lejos de Shanghái pero en la zona rural. Se hallaba en Nueva York desde hacía dos años y luego de unos

meses en casa de unos familiares en el Barrio Chino había conseguido el trabajo de niñera y a la vez mucama en casa de los actuales patronos, una familia de apellido Cohen. Su nombre era Hualing, y ante la pregunta de Federico sobre el significado expresó que era algo así como hierba florida.

-¿Y cuál es tu apellido?

-Wang.

-Creo que es un apellido bastante común en China.

-Así es. ¿Conoces muchos chinos?- La joven se atrevió a formular una pregunta.

-En Buenos Aires hay bastantes.

-¿Buenos Aires?

-En Argentina. Yo vengo de allí. ¿Tienes idea dónde queda?

La joven contestó afirmativamente con la cabeza exhibiendo a la vez una hermosa sonrisa.

-Es aquí.- Dijo.-Esta es la casa.

En ese momento y sin necesidad de sonar la campanilla se abrió la puerta y surgió de la misma una mujer aún joven bastante alterada.

-Hualing. ¿Qué ha ocurrido? ¿Pasa algo con la niña?

-No. No. Se salió una rueda del coche y tuve que levantarla para calmarla pues se asustó cuando casi vuelca, pero está bien. El señor se llama Federico y fue quien recogió la rueda y trajo el carrito hasta aquí.

-Apenas soporta el peso del coche, no pueden cargarlo hasta que arreglen esa rueda.- Dijo el muchacho para explicar su presencia.

La mujer, evidentemente la madre del bebé, lo tomó en sus brazos y entró en la casa. Hualing hizo gesto de seguirla, pero el muchacho se apresuró a decirle.

-Hualing. Quiero volverte a ver; dime cuando.

En ese momento regresaba la dueña de casa y Federico le dijo.

-¿Quiere que entre el coche en la casa? Es difícil de maniobrar en estas condiciones.

-Sí, por favor, déjelo en ese rincón. Muchas gracias por su ayuda.

El muchacho se retiró de la casa con rumbo a la suya mientras comenzaba a llover en forma crecientemente copiosa. Una sonrisa iluminaba su rostro. Hualing tenía franco al día siguiente y habían quedado en encontrarse luego del mediodía. Finalmente ese sábado a la mañana no había sido desaprovechado.

Cuando se retiró Federico Laura Cohen, madre del bebé lo tomó en sus manos y lo acostó en su cuna, mientras Hualing la observaba. Luego se volvió hacia la muchacha y en tono divertido le dijo.

-¿Cómo fue que conociste a ese joven tan guapo?

-Yo...estaba paseando por el Promenade y se rompió el coche del bebé. Casi vuelca y tuve que sujetar a la niña en mis brazos, una situación apurada.

-Y el galán corrió a socorrerte.- El dejo irónico era más evidente.

-Sí, así fue.-La muchacha se sonrojó.

-Tiene un cierto acento. ¿Sabes de donde es?

-Argentino... ¿No parece alemán?

-Parece americano.- Laura estaba ya riendo ante el embarazo de Hualing.

-La próxima vez voy a pasear yo a la niña. A ver si tengo tu

misma suerte.

Se hallaba sentado en el mismo banco del día anterior para evitar equívocos. Soportaba estoicamente el frío de ese mediodía nublado rogando que la muchacha no olvidara su cita. Ya había estado esperando por media hora cuando vio que su figura diminuta surgía detrás de los arbustos de la esquina y suspiró aliviado. Cuando la joven se acercó se levantó del banco mientras un escalofrío recorría su cuerpo.

-Hola Hualing. Estoy contento de que hayas venido.

Como le ocurría cada vez que sus sentimientos quedaban expuestos la muchacha se sonrojó; Federico colocó dos dedos en la barbilla de ella y levantó su cabeza estableciendo contacto visual.

-Hualing, eres muy bonita.

La chica por fin sonrió y contestó.

-Tú también me gustas. Y a la señora Cohen también.

-Eres tú la que me interesa, no tu patrona.

Los dos jóvenes comenzaron a caminar para evitar el frío y pronto Federico tomó la pequeña mano de la muchacha, sin que ésta opusiera reparos. Los dos hablaban en susurros a pesar de que estaban absolutamente solos en la explanada. En un momento llegaron hasta otro banco parcialmente cubierto por la fronda de los árboles de los jardines vecinos y se sentaron en él. El hombre acercó su cara al pequeño rostro de la muchacha y posó sus labios sobre los de ella. El dulce beso duró infinitamente y tuvo el mágico efecto de aislar a los jóvenes del medio que los circundaba.

Al cabo de un tiempo el cuerpo de Hualing se estremeció.

-Tengo frío.-Dijo con un hilo de voz.

-Mi apartamento está a tres cuadras y está bien calefaccionado.
¿Quieres venir?

La muchacha accedió con la cabeza. Ambos se pusieron de pie y esta vez Federico pasó su brazo sobre los hombros de la joven y la estrechó contra su cuerpo para darle abrigo.

Al entrar en la casa de Federico la diferencia de temperaturas era apreciable.

-¿Te sientes bien aquí?-Preguntó a la visitante.

-Tengo el cuerpo congelado. No puedo entrar en calor.

-Puedo hacerte algunas fricciones para hacer circular la sangre si me lo permites.

Como respuesta la joven se quitó el abrigo.

-Siéntate en el sillón.- Dijo él.-Pronto estarás a gusto.

Capítulo 9

Bajaron del *vaporetto* que las había conducido por las islas de la laguna. Habían descendido en Burano y contemplado la fabricación de objetos de cristal, una artesanía que resultó deslumbrante para Lena, habitante de un mundo completamente tecnológico. La americana se había abstenido de comprar alguna de las piezas vítreas por la dificultad de llevarlo sin que se rompiera, pero había adquirido piezas de encaje luego de regatear con los vendedores a través de la traducción de Tiziana.

En el *Ponte della Accademia* habían subido a una góndola sin que el conductor, ataviado con su clásica gorra y su camiseta a rayas, se asombrara de ver a dos mujeres en un circuito típicamente destinado a enamorados. Mientras recorrían los canales el gondolero comenzó a canturrear una melodía ininteligible que colaboró a crear una atmósfera romántica. Lena miraba los alrededores pero era consciente de que los ojos de la veneciana estaban posados en su rostro. En un momento, ya completamente impregnada por el ambiente sensual estableció contacto visual con Tiziana. Ella había estado evidentemente esperando ese momento, sonrió y tomó su mano; Lena sintió la tibieza de la mano de su compañera y la apretó entre sus dedos. Como si fuera parte de un espectáculo ya ensayado el gondolero subió el tono de voz y cambió de melodía y aunque Lena no entendía la letra pudo apreciar el tono dulce de la *canzone*. La americana decidió rendirse ante la red de seducción que su compañera había tendido en torno a ella y se admiró de la destreza a la que había sucumbido.

Bajaron en el puente de Rialto y caminaron hasta la parte

central y más alta, siempre tomadas de la mano. Allí permanecieron en silencio contemplando desde arriba el incesante tráfico fluvial por el Canal Grande. La tarde caía sin que las dos mujeres notasen el paso del tiempo, las sombras se agrandaban alrededor de ellas y la cantidad de transeúntes disminuía. Sin pronunciar una palabra aún Tiziana la atrajo hacia su pequeño cuerpo con una fuerza inusitada; poniéndose de pie alcanzó su boca y sus labios se unieron en un beso. Lena no había tenido experiencias previas con otra mujer y sintió su cuerpo invadido por una nueva sensación. Tomó a la italiana por la cintura y la estrechó aún más contra ella y allí permanecieron hasta que algunos transeúntes comenzaron a aplaudirlas. Lena se apartó con su rostro completamente teñido de rojo mientras Tiziana estallaba en una carcajada.

-¡Oh! Italianos desvergonzados.- Murmuró avergonzada la americana.

-Ven, vamos a mi casa.- Dijo su interlocutora.-Allí gozaremos de toda la privacidad que podamos desear.

Lena vaciló un instante.

-Es que, yo...nunca antes...

-Ya me he dado cuenta. Ven, tu cuerpo arde y el mío también.

Levantó el ligero cuerpo de Hualing en sus brazos y lo llevó hasta depositarlo en la cama. Se quitó la camisa y comenzó a besar los labios, el rostro y el cuello ahora desnudo de la muchacha. Ella emitía una risita que era fruto a la vez de la timidez y el gozo. De pronto dijo en un susurro.

-Soy virgen.

Federico quedó desconcertado.

-¿Estás segura de que quieres seguir adelante? Esta es la última

oportunidad de parar. ¿Qué me dices?

Como única respuesta Hualing abrazó la cabeza del hombre y la acercó a sus labios.

Lena despertó en una cama que le resultaba desconocida y tras un moderado esfuerzo de memoria reconstruyó lo ocurrido la noche anterior. Al llegar al apartamento de Tiziana la dueña de casa había cocinado para ambas y luego se habían sentado en un amplio sillón y destapado una botella de un vino dulzón del que Lena no recordaba el nombre. Vaso tras vaso fueron rociando las confianzas recíprocas en forma progresivamente audaz, hasta compartir todas las experiencias sexuales vividas y desnudar las fantasías más atrevidas. Luego de un matrimonio heterosexual fallido Tiziana había descubierto su verdadera preferencia y la satisfacía con un alto nivel de selectividad. Su belleza, educación y posición social y profesional le permitían acceso a las personas que resultaban aceptables para calmar sus apetitos y durante todo el tiempo que estuvieron juntas demostró ser una seductora consumada.

-Debes recordar que esta es la tierra de Casanova, quien realizaba sus conquistas no muy lejos del puente donde estuvimos hoy.

-Pero las mujeres eran sus presas, tú eres el predador.

-Me gustaría también ser tu presa.

Las dos mujeres, ya con una dosis ética elevada, se encaminaron hacia el dormitorio donde las esperaba una amplia cama con finísimas sábanas de seda.

Los recuerdos posteriores de Lena eran de una noche de una pasión inextinguible.

Al día siguiente el teléfono de la habitación del hotel sonó insistentemente hasta convencerla de que el sonido no era parte del sueño. Miró la hora en la pantalla de su celular y aterrada saltó de la cama, aunque aún la cabeza le daba vueltas por efectos de la resaca.

Al bajar al lobby del hotel ya la estaba esperando Tiziana con un atuendo distinto al que le había conocido el día anterior pero igualmente andrógino. La veneciana se limitó a un beso casto en la mejilla y ambas salieron del edificio para entrar a un taxi que las estaba esperando.

-Vamos a visitar cuatro locales que creo que podrían adaptarse a las necesidades de tu compañía.- Dijo la anfitriona- Hay grandes diferencias en las rentas pedidas y uno de ellos tiene hasta una opción de compra.

Lena la escuchaba absorta. La transfiguración de su interlocutora era completa. La amante ardiente de la noche anterior, en realidad apenas unas pocas horas antes, se había convertido en una eficiente empresaria de nivel internacional totalmente enfocada en la tarea confiada a ella. La americana suspiró profundamente. Los latinos que había conocido en su vida, incluyendo a Cédric Foux y Tiziana Bressan, la despistaban permanentemente. Su pensamiento errante de pronto se desvió posándose inesperadamente en Federico. El joven compartía los mismos genes que sus dos recientes amantes. ¿Cuál sería su comportamiento como amante y como amigo?

Luego de dos semanas en la ciudad ya sus tareas en Venecia estaban casi terminadas y Lena estaba planeando su regreso a Nueva York, para lo cual estaba buscando una forma indolora de comunicárselo a Tiziana. Un día recibió un mail de Ira Gorkin

pidiéndole que acelerara los trámites en Venecia pues necesitaba que viajase a Milán, donde el contrato que tenían con el anterior propietario de la franquicia había sido roto de común acuerdo, de modo que la ciudad lombarda se había convertido ahora en la prioridad de su estadía en Italia. También agregó que había enviado otro mensaje a Tiziana pidiéndole que la acompañase a Milán como asesora e intérprete y lo consultara con ella.

Lena fue invadida por sentimientos encontrados; por un lado deseaba seguir en contacto con su nueva amiga devenida amante y por otro había hecho planes para consumir la postergada reunión con el joven argentino; como no tenía forma de declinar el pedido de su jefe decidió que Federico debería esperar.

Habían pasado cinco días recorriendo exhaustivamente la ciudad y ya Lena tenía una idea formada sobre Milán y los potenciales sitios aptos para una franquicia. La capital lombarda y el distrito de la moda le habían encantado, con su atmósfera elegante y sofisticada, así como sus librerías, sus sitios culturales e históricos. Tiziana conocía bien la ciudad y actuó como una *cicerone* eficaz. Finalmente habían llegado a una conclusión respecto al lugar más adecuado para la sede de la empresa. Lena estaba hablando con Ira Gorkin por teléfono.

-Tenemos que estar presentes en el *Quadrilatero della Moda*. Nuestra marca no puede estar ausente de ese distrito. El problema es que todos los sitios aptos ya están ocupados y tienen contratos vigentes de largo plazo con rentas muy elevadas. Sin embargo hallamos una propiedad en el centro de la zona, ubicada en Via Borgospesso, cerca de Via Montenapoleone. El problema que tiene es que está en mal estado edilicio y tendremos que invertir tiempo y dinero para

restaurarlo. Te estoy enviando fotos que tomé ayer del sitio y sus alrededores.

-¿De cuánto dinero estamos hablando?- respondió Ira.

Lena arriesgó una cifra estimada y su interlocutor emitió un silbido, sin embargo prosiguió.

-¿Y en cuánto tiempo podrías ponerlo en condiciones?

-Un par de meses. He tomado contacto con una firma de constructores de la ciudad con buena reputación. Por otro lado el alquiler no es tan elevado, a condición de que hagamos una tarea eficiente de refacción que eleve el valor de la propiedad. En definitiva esto es lo que interesa al propietario.

Ira meditó en silencio durante un momento; la mujer sabía que su jefe confiaba en su criterio y era rápido en tomar decisiones. Finalmente dijo.

-Bien, sigue adelante con las tratativas. Tomaré contacto con nuestros abogados en Milán para que se encarguen del contrato. Tú te harás cargo de hacer el proyecto adecuado a nuestros *estándares* y contratar a los constructores. Para ello deberás permanecer en Milán durante un tiempo. ¿Cuánto crees que te llevará?

-Entre dos y tres semanas.

-Bien. Haz los arreglos. Otra cosa. ¿Recuerdas a Débora?

-¿Tu hija mayor?

-Sí. Quiere conocer Milán y pensé que podría aprovechar que tú estás allí, tú sabes...para que la guíes al principio. Viajaría con su novio.

-No hay problema.

-Otra pregunta. ¿Cómo te resulta la ayuda de Tiziana Bressan?

-Invaluable. Sin ella no hubiera podido realizar tan rápido la

tarea.- Si te parece bien ella puede acompañar a Débora mientras yo negocio con los ingenieros italianos.

-De acuerdo.

Al cortar la llamada Lena se dirigió a Tiziana, que seguía la conversación intrigada al oír que su nombre había sido mencionado.

-¿Puedes permanecer otras dos o tres semanas conmigo en Milán?

-En principio sí. Sin embargo tendré que regresar el próximo lunes para hacer todos mis pagos del mes, pero puedo volver a Milán de inmediato. ¿Tendré que hacer de niñera de la hija de tu jefe? ¿Podré estar contigo?

-Sólo guiarla por la ciudad al principio. Ella viene con su novio así que querrá intimidad.- Y agregó con gesto pícaro.- Tendremos las noches para nosotras, con la excepción de alguna cena junto con ellos.

-No me desagradaría que nos lleven a algún sitio elegante, que en Milán son muy caros.

Capítulo 10

Días atrás había recibido en su celular un mensaje enviado desde Venecia y ahora uno desde Milán donde le hacía saber que Lena permanecería al menos otras dos semanas en la ciudad. Cada mensaje traía a su memoria el recuerdo de la mujer conocida en el viaje por avión y le acrecía las ganas de reencontrarla. Nunca había estado en contacto con una mujer tan bella e interesante. No se percataba que el verdadero propósito de esos mensajes era precisamente mantener vivo el recuerdo de la dama, quien estaba tejiendo en torno a él su sutil red.

Recordó que Paula debía regresar de sus vacaciones con sus familiares en Nueva Jersey a fin de esa semana. De modo que tenía aún unos días para gozar de la compañía de Hualing y tomar una decisión respecto a ella y Paula.

En su inexperiencia Federico había buscado explorar a fondo todas las posibilidades de disfrute que la vida le ofrecía a manos llenas sin percatarse que había entre las mismas incompatibilidades y límites que se debían respetar. De haber tenido mayor conocimiento de las consecuencias que las acciones propias desencadenan en el entorno hubiera procedido con más cautela en la inteligencia de que en cada relación se ponían en juego sentimientos que podían resultar heridos, incluidos los propios.

Laura Cohen regresó a su casa alterada luego de su visita a su amiga y ex compañera de escuela media Susannah, única relación íntima que vivía en el mismo vecindario de Brooklyn Heights. La confidencia que había recibido, en realidad un chisme, la ponía en

conocimiento de un hecho que hubiera preferido ignorar. Interiormente se debatía entre abstenerse de meterse en un problema que no le competía o afrontar el mal trago de comunicar una noticia cuyas consecuencias conocía. En efecto a Laura, una psicóloga clínica de profesión, no se le escapaban los sentimientos frágiles que podía herir. Los principios religiosos recibidos en su infancia de su padre, un rabino ortodoxo, chocaban con la pátina de cinismo con que la vida en Nueva York había adormecido su consciencia moral.

<No te metas> Fue la conclusión aparentemente definitiva que trajo un minuto de paz ficticia a su alma. Colocó al bebé en su cuna y al hacerlo sintió que el rubor de la vergüenza cubría su rostro. Sacudió la cabeza para espantar las ideas morales de ella pero fue en vano. Salió del dormitorio de la pequeña y se dirigió directamente a la habitación que ocupaba la niñera.

-Hualing.- Dijo con voz quebrada.- Necesito hablar contigo.

El rostro de la muchacha palideció, jamás había visto a su patrona tan perturbada.

-Se trata de Federico, el muchacho con quien has estado saliendo...

Hualing oyó en silencio las palabras de su empleadora, quien le merecía un gran respeto. En un momento determinado sus oídos dejaron de oír y su mente se desconectó de su cuerpo.

-...y está viviendo con una compañera de trabajo afroamericana, aunque cada uno tiene su propia casa...-Laura soltaba cada palabra en la consciencia que cada una de ellas era un puñal que hería vísceras muy sensibles. En un momento se percató de que Hualing ya no la escuchaba y corrió a sostener a la joven que se estaba desplomando.

Federico se acercó a la vivienda donde vivía Hualing para ir a buscarla, tal como había convenido el día anterior. Al ver la ambulancia parada en la puerta su corazón se aceleró y de inmediato apretó el paso. Al llegar a la puerta sin más trámite se dirigió uno de los paramédicos que estaba saliendo de la casa.

-¿Qué ocurre?

-¿Es amigo de la familia?

-Sí.

- La mucama...o niñera o lo que sea, intentó cortarse las venas de las muñecas y por suerte fue interrumpida por la dueña de casa que logró parar la hemorragia y salvó su vida. Cuando llegamos no podíamos reanimarla. Se trata de una muchacha china.

Federico sintió que la cabeza le daba vueltas y debió asirse de una reja para sostener su cuerpo.

-¿Por qué?- Preguntó cuando pudo articular palabra.

-No lo sabemos.

-Ahora hemos podido estabilizarla.- El profesional se dio cuenta que la noticia había afectada profundamente a su interlocutor; prosiguió.- Nosotros nos vamos ahora, la chica será llevada a un hospital. Si quiere hable con la dueña de casa.

Traspasado por sus emociones Federico hizo sonar la campanilla de la vivienda.

Al retirarse de la casa el joven estaba sumido en un conflicto de emociones como jamás había atravesado en su vida. Laura Cohen había narrado lo ocurrido con detalle y había dado su interpretación de la reacción de Hualing sin ahorrarle la humillación de haber puesto en

riesgo la vida de la muchacha y haber afectado definitivamente su felicidad con su duplicidad. Le había explicado la vergüenza de la muchacha fruto de su educación oriental al haber sido burlada y el hundimiento de su autoestima.

-Ahora se considera una basura, algo menos que una prostituta. No podrá enfrentar a su familia, mirar a los ojos de sus padres, hablar con sus hermanos menores. Será el baldón de la familia.

Al dejar la casa el hombre vagó sin rumbo por las calles desiertas del barrio, mojado por una lluvia que se había desencadenado impensadamente. De pronto se encontró en la Promenade. Sus pasos inciertos lo habían llevado precisamente al sitio donde había conocido a Hualing. No había un alma en toda la explanada azotada por el temporal. Federico se acercó a la baranda desde la cual antes había admirado el magnífico espectáculo del East River y el sur de Manhattan.

Su grito desgarrado no fue escuchado por nadie.

El contrato para el alquiler del local ya había sido firmado una semana antes; la empresa constructora también había sido contratada y las obras habían comenzado de inmediato bajo el proyecto diseñado por Lena y durarían un plazo calculado en aproximadamente diez semanas. Durante ese tiempo la arquitecta volvería a Nueva York ya que su permanencia en Milán no era necesaria y los gastos de su permanencia fuera de su país resultaban elevados. Volvería en seis semanas para seguir la evolución de los trabajos. Tiziana estaba triste por el período en que se separaría de su amante, pero necesitaba regresar a Venecia a ocuparse de su casa y sus propios negocios y

visitar a su familia.

-También debo mantenerme con mi profesión.- Explicó a Lena.- Para despedirme voy a prepararte uno de los más típicos platos venecianos, ya que en Milán puedo conseguir los ingredientes.- En las habitaciones había unas someras cocinas que podían servir a los efectos de la preparación que Tiziana pensaba

Las dos mujeres se hallaban acostadas lado a lado sobre el alfombrado de la habitación del hotel, echando un vistazo al proyecto que la americana había diseñado para el local y asegurarse que nada faltaba para dar al mismo las características propias que la franquicia de la firma exigía. Lena pasó un brazo sobre la cintura de la italiana.

-Voy a extrañarte ¿Sabes?

-¡No! Volverás a tu vida heterosexual y a tu joven amante.

-Dime ¿En qué consiste ese plato?

-Se llama *Fegato alla veneziana*. Se prepara con hígado de ternera cocido con cebollas blancas, aceite de oliva extra virgen y una gota de vino blanco agregado al fin de la cocción.

-Suena delicioso.

-Lo es.- Tiziana hizo un mohín en medio de un súbito acceso de celos.

-¡Quédate a vivir conmigo en mi *palazzo* de Venecia! Mi familia tiene suficiente para que vivamos ambas con modestia.

Lena sonrió.

-Debo seguir mi propia vida, mi profesión.

-Y olvidarte de Tiziana.

- Eso jamás. No podría aunque quisiera. Has significado un quiebre en mi vida.

-Pero te irás a buscar a tu hombre, si es que puedes conseguirlo.

-Tu impronta permanecerá en mí.

Capítulo 11

Antes de regresar de Nueva Jersey había intentado reiteradamente comunicarse con el muchacho pero no había tenido éxito, de modo que había concluido que su celular estaría descompuesto, así que finalmente se había resignado a no anticiparle su regreso a Nueva York, por lo que suponía que conseguiría sorprenderlo. Al llegar a su propia casa ese sábado se duchó, comió algo ligero y descansó un rato para reponerse del viaje de cuatro horas en ómnibus. Luego se vistió para soportar el frío del otoño tardío y se dirigió al edificio de Henry St.

Luego de hacer sonar durante un rato el timbre sin respuesta concluyó que el muchacho habría salido, y como disponía de la llave del apartamento decidió esperarlo en el interior. Ni bien entró algunos indicios sutiles le indicaron que algo no andaba bien; el desorden no era una característica habitual en Federico de modo que el espectáculo era inesperado. Paula se dirigió temerosa al dormitorio y allí lo vio, acostado vestido a medias en forma transversal en la cama, sin cubrirse con las frazadas y dando una imagen total de abandono. Dos botellas de licor yacían junto con los zapatos en el alfombrado de la habitación, y una mancha del líquido remanente se extendía bajo una de ellas. Paula sabía que Federico no solía beber en absoluto y tenía poca resistencia a la bebida. Acercó su cara a la de él, que yacía boca abajo en el lecho, y pronto distinguió el olor inconfundible del alcohol.

El temor cedió paso a la intriga y se preguntó qué había ocurrido con el muchacho en su ausencia. Indecisa sobre cómo proceder lo sacudió por el hombro sin lograr otra cosa que eliminara

un espumarajo por la boca y emitiera un quejido apagado. Un poco asqueada por el espectáculo de la borrachera Paula demasiado conocido en su niñez decidió finalmente retirarse y llamar telefónicamente en otro momento. A tal fin conectó el celular de Federico al cargador que se hallaba en el suelo, constatando que estaba completamente descargado. Se aproximaba ya a la puerta cuando oyó un murmullo confuso proveniente del dormitorio. Como entre las palabras creyó oír su nombre regresó a la habitación y prestó atención a los balbuceos incoherentes que Federico exhalaba en su resaca; el joven a veces abría los ojos y luego los cerraba revolviéndose en el lecho, en el que ya había hecho un revoltijo con sábanas y frazadas. Paula lo enderezó un poco y colocó su nuca en la almohada, y luego se sentó a los pies de la cama a prestar atención. Su silencio no era total sino que cada tanto intercalaba alguna pregunta que si bien no recibía una respuesta directa, disparaba más frases balbuceantes. Así, poco a poco, la inteligente mujer fue reconstruyendo la historia que narraba el joven alcoholizado e inconsciente. Los procesos mentales de la muchacha comenzaron en un alto nivel de enojo y aún furia al comprender que el hombre en quien había depositado tantas ilusiones y expectativas le había sido infiel durante su ausencia y había vivido una experiencia romántica y seguramente sexual en ese tiempo. La frustración le nubló los sentidos durante unos instantes, pero luego siguió escuchando y se dio cuenta del panorama de culpa y autoflagelación que surgía entre las palabras incoherentes de Federico. Pronto se percató que más que lo que podía agregar ella desde afuera con sus críticas, el castigo a las acciones del joven provenían de su propia consciencia atormentada. Se preguntó qué suceso habría ocurrido a la muchacha con la que Federico la había engañado y por

un momento temió que se hubiera suicidado, pero pronto comprendió que lo ocurrido había sido triste pero no tan dramático, aunque no pudiera entender de qué se trataba.

Además de perceptiva Paula era una persona de naturaleza noble. Aunque había abandonado la iglesia evangélica en que había transcurrido su niñez por sus preceptos morales excesivamente rígidos, en particular la demonización del sexo, conservaba sin embargo una interioridad espiritual, llena de calidez y simpatía por los que sufren. Poco a poco Federico se fue transformando de un amante infiel en un pobre alma atormentada por sus pecados que se auto infligía su castigo, quizás más allá de lo que la real culpa justificaba. Una dosis de objetividad comenzó a imponerse sobre los demás sentimientos desordenados que bullían en la mente de Paula, y finalmente tuvo piedad. Silenciosamente tapó al joven con las frazadas y se retiró del apartamento.

Un aire frío lo despertó. Las ideas fueron paulatinamente retornando a su mente, primero en un tropel confuso y mezclado, pero colocándose poco a poco en un orden lógico. Sabía que Hualing se hallaba en el hospital, las explicaciones de la patrona, sin reproches pero con una objetividad dolorosa; su reacción y deambular sin destino bajo la tormenta y la compra del licor en un negocio que permanecía abierto. Lo ocurrido luego se hallaba bajo un manto de sombras, pero le asombró encontrarse bien tendido y tapado en la cama ordenada, las dos botellas de bebida en la mesa de la cocina y sobre todo, un juego de llaves de su propio apartamento sobre una mesita junto a la puerta de entrada; probó la puerta de la vivienda y comprobó que estaba cerrada pero sin llave. Reconocía que eran las llaves que había dado

semanas antes a Paula. Las fichas cayeron en el casillero correcto y pudo reconstruir lo ocurrido. La joven había estado en su apartamento y de alguna forma habría intuido o adivinado lo acontecido. Las llaves abandonadas junto a su puerta eran un adiós.

Federico se metió en la ducha para limpiar su cuerpo y aclarar sus ideas. El dolor de la culpa aún le mordía sus entrañas, pero sobre todo, una nueva realidad se fue abriendo camino en su mente. Por primera vez desde que había llegado a Nueva York se hallaba sólo. Las dos mujeres que lo habían amado lo rechazaban ahora por sus acciones. Sintió un sentimiento de desolación desconocido hasta entonces.

Luego de esperar en vano que apareciera Paula en la estación de metro decidió viajar sólo. Al llegar a la oficina y sentarse en su puesto de trabajo no le extrañó mucho comprobar que la muchacha ya se hallaba en la oficina vecina a la del gerente; consideró que era lógico que tomara distancia de él y pensó que debía acostumbrarse que ciertas cosas que habían resultado gratas hasta ese momento cambiarían a partir de allí. Miró a su alrededor y creyó notar que otros compañeros de trabajo que habitualmente intercambiaban con él saludos cordiales tenían ahora actitudes huidizas y evitaban el contacto visual. ¿Era todo real o productos de su imaginación fruto de su mala consciencia? Federico no lo podía determinar a ciencia cierta, aunque una consideración sobria le decía que Paula difícilmente iría a contar a los otros empleados sus problemas personales. El muchacho tenía alta estima por las cualidades morales de su hasta entonces enamorada. Debía pues hacerse cargo de su sentimiento de culpa y purgarlo hasta el final.

En realidad Federico carecía de la madurez emocional para analizar sus sentimientos; de otra forma se hubiera dado cuenta que ya había comenzado en él un proceso de cicatrización de sus heridas recientes y de renovación de valores y actitudes basado no sólo en sus deseos momentáneos sino en los roles que debía asumir en su entorno.

Capítulo 12

Tiziana la había acompañado al Aeropuerto Internacional de Milán en Malpensa y, como si se hubieran puesto previamente de acuerdo, ambas mujeres se despidieron en forma sobria postergando los llantos y gemidos de la separación para cuando cada una estuviera sola. En efecto el plazo total de permanencia de Lena en Italia, dividido entre Venecia y Milán, había sido de dos meses, período en el cual habían nacido lazos de amistad, camaradería y... amor.

Ya sola en el área de partidas del aeropuerto Lena extrajo su celular y comenzó a enviar mensajes a las personas quienes le interesaba comunicar su regreso a Nueva York, incluyendo sus padres, su jefe Ira Gorkin y algunas amigas. Guardó el aparato, y luego lo extrajo nuevamente decidida a enviar otro mensaje que no se había decidido a incluir en la primera tanda.

Ya sentada en el avión y pasado el momento de descolaje y estabilización en su ruta del mismo, la mujer comenzó a realizar una de las rutinas que llevaba a cabo luego de cada uno de los viajes prolongados; la misma consistía en cerrar los ojos y evaluar lo acontecido en el viaje, incluyendo los temas de trabajo y personales. Comenzó con los primeros para reservarse el aspecto íntimo y más importante para el final. El viaje a ambas ciudades había sido un éxito desde todo punto de vista y había conseguido licenciatarios en ambas ciudades así como locales convenientes para alquilar. No tenía dudas de que Ira engrosaría el *bonus* de fin de año que ya le había prometido luego de su viaje a Sud América. Desde el punto de vista turístico

había conocido junto con Tiziana la ciudad de Venecia mucho más allá de los recargados circuitos turísticos; sin duda en parte por la compañía de la veneciana había gozado al máximo el aspecto romántico de la ciudad a la cual había ya asignado mentalmente el rol de su segundo “lugar en el mundo”, luego de Nueva York. Por su parte Milán le había agradado como una ciudad ordenada y activa y le había impactado particularmente el distrito de la moda al que estaba ligada por su trabajo.

Pero sin duda era el análisis y la degustación de los aspectos personales y emocionales lo que más interesaba a Lena, de modo que sorbió lentamente el vaso de vino blanco que la azafata le había servido y nuevamente con los ojos cerrados comenzó su introspección.

En primer término, por supuesto estaba la misma Tiziana. A los cuarenta años la vida había dado un giro inesperado para Lena, descubriendo un placer exquisito en una relación que tiempo antes hubiera descartado y que su madre devota desaprobaba en forma terminante. Era la veneciana quien la condujo por ese camino y lo había hecho en forma magistral, ayudándola a superar los reparos iniciales, frutos de su formación. No cabía duda de que Tiziana estaba perdidamente enamorada de ella y lo más impensado, que ella le correspondía...de una cierta manera. Lena meditó sobre si había cambiado de preferencia sexual y de inmediato concluyó que no era así. Muchos varones italianos habían atraído su mirada, particularmente en Milán donde encontraba una mezcla étnica que le resultaba atractiva y donde las mujeres y los hombres se vestían en forma cuidada y con buen gusto. ¡No! Lena no había dejado de lado su orientación sexual anterior, simplemente... ¿cómo explicárselo a sí misma?...había agregado una faceta antes inexplorada.

Luego su autoexploración giró a Federico. De repente la mujer se hizo cargo de la gran expectativa que había depositado en un joven con el que había estado sólo una vez, varios meses antes, y con el que había mantenido un contacto a través de cortos mensajes de *what's app*. Reflexionó que no le constaba de ninguna manera que el muchacho estuviera aún interesado en ella y que se estaba exponiendo a un amargo desencanto.

<Bien > Reflexionó con realismo. < De momento no había nada que podía hacer y sólo le quedaba arribar a Nueva York y comprobar si sus ilusiones tenían fundamento.>

La declaración de Kevin la había tomado desprevenida; no se le ocultaba que ella ejercía un cierto deslumbramiento en el muchacho desde que él había entrado en la compañía en una oficina contigua a la de Paula y su jefe. Atribuía ese magnetismo a razones físicas y también a la desbordante personalidad que la brasileña tenía y de la que era consciente, pero no sabía antes que hubiera podido despertar las emociones profundas que el joven neoyorquino había evidenciado al hablarle; sobre todo Paula nunca hubiera esperado que ese jovencito tímido y de mirada huidiza se animara a declararse en un momento a solas en la habitualmente concurrida oficina. Era evidente que Kevin había esperado la oportunidad en que Federico se había esfumado del horizonte de la brasileña y aprovechó la ocasión antes de que saliera a la luz algún otro competidor. En el primer momento Paula no había sabido cómo reaccionar pero la candidez y autenticidad de su pretendiente había tocado su corazón y provocado un inmediato sentimiento de ternura, de modo que había dado los primeros gestos de

aprobación que el muchacho había interpretado correctamente. Ahora, a solas en su casa la mujer no pudo evitar hacerse preguntas que pusieron en evidencia que no conocía sus propios sentimientos. ¿Era su tácita aprobación de la propuesta de Kevin un gesto despecho por la traición del argentino? ¿O era más bien una realista aceptación de que luego del frustrado romance con Federico ya no toleraba la soledad en Nueva York? Paula se dio cuenta que no podía resolver sus interrogantes en el momento, cuando aún tenía heridas sangrantes en su interior de modo que sabiamente decidió dejar que los respondiera el tiempo.

Sus sentimientos en esa tarde otoñal eran mezclados; por un lado el hecho de que tuviera un pretendiente en el mismo momento en que se había quedado sola era halagador, sobre todo teniendo en cuenta el buen aspecto de Kevin, un candidato que muchas chicas hubieran deseado tener, más allá de su timidez. En realidad Paula sabía que para ser una afro-descendiente extranjera tenía un éxito notable con los hombres, lo cual no era novedad. En su Río de Janeiro natal siempre había tenido una corte de jóvenes de todas las razas y colores a su disposición. Pero por otro lado Federico había dejado una huella en su corazón que era difícil de borrar.

La mujer decidió que debía beber ese trago amargo hasta el final si quería superar el estado de postración anímica en que se hallaba. Se quitó los zapatos y sin desvestirse abrió la *notebook* y buscó en *Youtube* un link con antiguas canciones de María Bethania, que hablaban de amor y desesperanza. Se sirvió una copa de una botella de whiskey que rara veces abría y dejó que el licor y la música entraran lentamente dentro de ella, quemando todo a su paso todo lo dulce y lo amargo. No supo cuanto estuvo así hasta que de repente vino

a su mente una canción que Federico había recibido de sus padres y había salvado en la computadora. Era un antiguo vals porteño llamado “Desde el Alma” y hablaba de heridas y del rechazo del olvido curador. Lo escuchó completo conteniendo una lágrima.

*No desesperes, que el sueño más querido
Es el que más nos duele, es el que hiere más*

Paula exhaló un gemido y su rostro se bañó de llanto. Ella aún no lo sabía pero su dolor había tocado fondo.

En el solitario viaje de regreso en metro a Brooklyn Heights oyó que entraba un mensaje en su celular, el que por el sonido distintivo era de *what's app*. Decidió que lo abriría luego de llegar al apartamento, ya que no esperaba nada de importancia.

Caminó cansadamente las tres cuadras hasta su casa y abrió mecánicamente la puerta. Una vez dentro arrojó el abrigo sobre una silla, dejó el celular sobre la mesa de la sala y se dirigió al dormitorio mientras se desvestía desgadamente; si hubiera podido compararse con el joven entusiasta de unas semanas atrás Federico difícilmente se hubiera reconocido, tanto física como anímicamente. Completamente desnudo entró en el cuarto de baño y se expuso a la ducha caliente para ver si junto con el proceso de vasodilatación producido por el agua hirviendo salía de su sopor espiritual. Sin embargo al salir y vestirse nuevamente con las gastadas prendas que usaba como pijamas se sentía tan abatido como antes.

Calentó la comida que había comprado de camino a su casa en un local chino de comidas rápidas y la figura sonriente de Hualing vino

fugazmente a su mente por algún proceso de asociación étnica; como le resultaba doloroso agitó su cabeza como si así pudiera conjurar su sentimiento de culpa.

Luego de la frugal cena se puso frente al televisor y lo encendió. Sólo en ese momento recordó el mensaje arribado en el metro. Activó la pantalla y buscó los textos llegados; de inmediato lo vio y decodificó el contenido.

“Llegando a Nueva York mañana por la madrugada. ¿Rendez vous en Gramercy Park?> Estaba firmado 14A de modo que el contenido y la remitente eran indudables.

Federico se sentó en el sillón y sostuvo el celular en su mano derecha, mientras miraba fijamente su pantalla como si ella le pudiera aclarar más sobre las intenciones de la mujer que lo había enviado, y más aún, sobre lo que él debería hacer cuando aún no habían cerrado las heridas internas producidas por sus anteriores aventuras románticas. Algo muy profundo en su personalidad reaccionó contra el estado apesadumbrado de su mente en ese momento y guió sus dedos al digitar en el teclado del aparato.

“Espero tus noticias. 14B”

Se sentó nuevamente frente al televisor y a los quince minutos estaba durmiendo plácidamente a pesar de los disparos y gritos de la serie de acción que había sintonizado.

Al llegar a su casa en Gramercy Park Lena dejó las dos maletas con rueditas en el vestíbulo y la pila de cartas que había encontrado en el buzón sobre la mesita del teléfono fijo. Como primera medida tomó su celular y envió mensajes de texto a sus padres, su jefe y a un par de amigas con el simple texto.

“Ya en NY. Los llamo”

Luego buscó el teléfono de Tiziana y copió el texto anterior con el agregado “Love” y en el momento que estaba por apagar el aparato oyó el sonido característico de los mensajes entrantes. Abrió la casilla y su rostro cansado se iluminó con una sonrisa. Después de todo 14B no era sólo una quimera de mujer soñadora. El juego seguía aún en curso y ella, Lena, sabría como imprimirle un curso definitivo.

Extraños vericuetos del alma humana que cuatro palabras enviadas por un medio electrónico sin contacto físico pueden cambiar el ánimo de dos personas adultas y abrir nuevos paisajes mentales.

Capítulo 13

Se dirigió a pie desde la estación de metro hasta el parque. Desde la esquina divisó la decorativa reja que lo circundaba y el verde del interior; la visión concordaba con la descripción que le habían proporcionado y entendió que sus padres aún recordaran con una cierta emoción los momentos pasados una generación antes en el sitio, aunque intuyó que el tiempo había hecho tu tarea y quizás la plaza no lucía como treinta años antes. Extrajo de su bolsillo el celular y en la galería de fotos buscó una que algún viandante les había sacado en aquella época y que sus padres tenían en un marco en la mesa de luz al lado de la cama matrimonial del lado de su madre. A pedido de Federico su padre Carlos la había escaneado y enviado como adjunto a un correo electrónico. El joven iba caminando despacio para intentar encontrar el sitio donde había sido obtenida la foto pero sin éxito. La búsqueda lo había distraído y ya había pasado por el frente que la plaza tiene sobre la E21st St. y cruzado la calle Gramercy Park W de modo que se hallaba frente cerca del edificio que estaba buscando. Al hallarlo oprimió el timbre del apartamento que la mujer le había indicado y esperó. No pudo sustraerse a la atmósfera de tranquilidad que rodeaba al sitio. Una anciana paseando con una correa a un pequeño *caniche toy* y una joven madre empujando un cochecito con mellizos eran los únicos transeúntes a pesar de que eran ya las diez de la mañana de un sábado con un clima excepcional para el otoño neoyorquino. Gozar de esa quietud en la Gran Manzana era sin duda un privilegio que los vecinos tenían y valorizaban la zona.

Un ruido en la parte superior de la escalera lo sacó de su

ensimismamiento y le hizo elevar la vista. Entonces la vio.

Lena Javit era una mujer bella sin necesidad de ningún afeitado y sin maquillarse, pero había preparado esa oportunidad con detalle y había planeado como vestirse y maquillarse durante todo el día anterior. Había invertido las dos horas previas al encuentro con Federico en “producirse” y el resultado era impactante. Su ojos azules enormes estaban enmarcados por la tez clara de su rostro, y este por su cabello rubio en cayendo en cascada sobre sus hombros. A pesar del día y la hora se había puesto un hermoso modelo comprado en el *Quadrilatero della Moda* en Milán que le sentaban maravillosamente, y los zapatos eran hechos por artesanos en Venecia. Toda su indumentaria había sido aconsejada por Tiziana que deseaba verla triunfante. Lena sabía el impacto que producía con sólo verla y contaba con él para lograr su objetivo, que tenía bien claro.

Miró al joven que se hallaba al pie de la escalera de su casa y le sonrió dulcemente.

-¡Hola 14B!

-Federico.

-¡Hola Federico!

El muchacho salió de su éxtasis y se acercó a la pequeña escalera y tomó la mano de la mujer que bajaba y la besó en un gesto inesperado y un tanto extravagante pero totalmente impulsivo. Conociendo los hábitos de los argentinos por su estadía previa Lena ofreció su mejilla donde recibió un único beso, a diferencia de los hábitos europeos de Cédric y Tiziana. No había necesitado mirar detenidamente a Federico para cerciorarse de que estaba vestido decente pero sobriamente.

<Sin embargo sé que él, así como yo, se puso lo mejor que

tiene.> Pensó la mujer. <Deberemos solucionar eso en el futuro.>

La charla, conducida en primer término por la mujer, se inició fluidamente y para alivio de Lena su compañero demostró una vez más facilidad para la conversación, a pesar de su notable e indefinible acento. Es ese aspecto le recordó a la veneciana con quién ella tan cómoda se hallaba.

<Los mismos genes de Tiziana, y quizás un entorno cultural no tan distinto.> Pensó la mujer, cuya mente analítica no cesaba en ningún momento. En realidad Lena sabía que la primera impresión recibida de una persona condiciona en gran manera las relaciones posteriores con la misma y adjudicó la conversación interesante del Federico a una inteligencia elevada, condición que para ella era crucial en un hombre.

La mujer guió la conversación hacia las primeras experiencias neoyorquinas del muchacho, las que intercalaron desde temas turísticos y culturales hasta el alojamiento y la comida.

-De modo que has rentado un apartamento en Brooklyn Heights. Una decisión tan acertada como sorprendente. ¿Cómo fue que se te ocurrió ir allí?

-Por dos razones. Allí vivieron mis padres durante dos años antes de que yo naciera...además una...compañera de trabajo vive en la zona y me la recomendó.

Lena notó el titubeo de Federico al hablar de la compañera de trabajo y supuso que algún elemento ocultaba.

<Bien, ya vamos a averiguar quién es esa compañera de trabajo que se lo llevó cerca de ella.>

-Creí que me habías dicho que tus padres habían vivido en Nueva York en la zona Gramercy Park.

-Ese fue su primer sitio en la ciudad, cuando estaban en un

hotel. Estaban muy a gusto aquí pero no consiguieron alquilar, al menos a ningún precio que ellos pudieran pagar.

La charla luego prosiguió sobre la zona, cuyas características Lena comentó.

-¿Y que recordaban tus padres de Gramercy Park?

-Recuerdos vagos pero de alto impacto. Por algo junto a su cama tienen una foto de ambos en esta zona.

-Sorprendente. Sin duda les había significado algo muy fuerte.

Federico extrajo una vez más su celular y abrió la galería. Lena observó una foto de colores desvaídos con una pareja frente a un portal típico de la zona, con un farol decorativo en bronce. El hombre, muy alto y joven vestía un impermeable beige sobre un abrigo y la mujer, bastante más baja, un traje sastre verde oscuro.

-No lo pude encontrar hasta ahora mientras caminaba hacia tu casa.

- ¡Qué elegantes! Obviamente te pareces bastante a tu padre.

-Así dicen todos.

-¿El también tiene los ojos verdes?

El hecho que la mujer hubiera observado el color de sus ojos sorprendió a Federico.

-Sí.-Respondió.

-El sitio tiene un aire característico de Gramercy Park, y mientras caminamos veremos si lo ubicamos. ¿Quieres entrar al parque? Algunos vecinos tenemos la llave aunque hay una cantidad reducida de copias de la misma.

-Sí. Por supuesto. Me gustaría sacarnos una foto allí.

-Hay ciertas restricciones a sacar fotos del interior, pero veremos cómo podemos arreglarnos.

Gramercy Park se encuentra en la isla de Manhattan entre East 20th Street (llamada Gramercy Park South) y East 21st Street (llamada Gramercy Park North), y entre Gramercy Park West y Gramercy Park East, dos calles de media cuadra que se encuentran entre Park Avenue Sur y la Tercera Avenida. Los límites del barrio conocido por el mismo nombre se extienden con más amplitud entre E 14th St al sur, la 3rd Avenue al este, E 23th St al norte y Park Avenue.

Siendo un parque privado, Gramercy Park es mantenido en común por los propietarios de los 39 edificios circundantes. Se asignan dos llaves a cada uno de los propietarios de los lotes originales que rodean el parque, los que deben pagar por sus copias. En 2012, había un poco menos de 300 llaves en circulación, cada una numerada y codificada individualmente.

Existen restricciones a las actividades que se pueden realizar en el parque, incluyendo beber alcohol, fumar, andar en bicicleta, pasear perros, jugar a la pelota o alimentar a los pájaros y ardillas.

Por ordenanzas municipales los edificios más altos de la zona no pueden sobrepasar los veinte pisos, y en las calles laterales, e incluso en las avenidas existen numerosos edificios más viejos de entre tres y seis pisos.

En los años 1800, Gramercy Park fue diseñado para albergar a familias aristocráticas neoyorquinas. A lo largo de los años se ha convertido en el hogar de muchos escritores, políticos, artistas y estudiantes que disfrutaban de su ubicación céntrica y su ambiente tranquilo. Las calles perpendiculares a Irving Place han mantenido su estatus como bloques residenciales de moda que recuerdan al West End de Londres.

Lena abrió la puerta y ambos entraron al parque justo en momentos en que una pareja anciana se retiraba del mismo. Desde el primer momento Federico percibió la atmósfera serena que reinaba en el área circundada por las rejas decorativas y envidió a la mujer por tener ese sitio disponible a pasos de su casa. Caminaron entre los cuidados canteros que lucían parcialmente floridos aún en esa época del año y se dirigieron hacia la plazoleta central circular donde se encuentra la estatua de Edwin Booth; luego de circundarla Lena señaló uno de los típicos bancos de plaza situados bajo los añosos árboles y se sentaron en él. Ambos mantuvieron el silencio durante unos instantes mientras el *ambiente* del sitio se apoderaba de ellos. Finalmente Lena preguntó en voz suave, como para no romper el sortilegio del momento.

-¿Y bien, qué piensas?

-¿Del sitio?

-Del sitio, de este momento, de mí.

Federico alzó la vista y ambas miradas se cruzaron. Lena temió ir demasiado rápido pero algo le decía que estaba en la buena senda.

-Bien...comenzando por el sitio...realmente creo que tiene una atmósfera elegante y sugestiva, que no creí que existiese en Nueva York.- Meditó sus palabras antes de proseguir.- Con respecto al momento creo que hay una cierta...magia. Tú y yo juntos después de bastante más de un mes sin vernos.

La mujer percibió que había una cierta ansia detrás de las palabras del joven que él no lograba expresar. Decidió facilitarle las cosas; luego de verificar mirando en ambas direcciones que se hallaban circunstancialmente solos en esa parte del parque acercó su cabeza a la del muchacho cerrando los ojos. Sus labios se unieron en un beso

cálido y prolongado y el cuerpo de Lena fue recorrido por una placentera sensación de calidez y plenitud. El instante que había soñado durante un período de más de un mes se estaba haciendo realidad; sus preparativos culminaban con el resultado deseado. Federico rodeó el cuello de la mujer en un abrazo suave que se prolongó hasta que procedentes de unos de los senderos internos del parque oyeron voces que se aproximaban lentamente. Al separar sus cuerpos constataron que efectivamente otra pareja de personas de edad caminaban en dirección a ellos. Cuando pasaron a su lado Lena creyó ver de reojo un asomo de complicidad en una fugaz mirada que la mujer le dirigió.

El sol otoñal se ocultó entre unas nubes y el cuerpo de la mujer fue recorrido por un escalofrío de modo que ambos decidieron levantarse y continuar su paseo hacia la salida del parque, esta vez tomados del brazo. En su camino de repente Federico se detuvo y cuando la mujer siguió la mirada de él vio que estaba dirigida a una pareja joven en uno de los senderos laterales de la plaza a unos treinta pasos de distancia. El hombre se hallaba con una rodilla en tierra y sosteniendo una de las manos de la mujer entre las suyas mientras que la muchacha reía complacida inclinando su cabeza hacia atrás.

-Una declaración de amor.-Dijo innecesariamente Lena.-
Muchas parejas la realizan en este parque.

-Un ambiente apropiado para ello.

-Toda mujer sueña con tener un episodio así al menos una vez en su vida.

Al salir de la plaza se dirigieron hacia una de las calles donde se encuentran los negocios de la zona, en busca de una cafetería para

beber algo caliente. Esta vez fue Lena quien se detuvo al pasar por un portal.

-¿Qué ocurre?-Preguntó extrañado Federico.

-Mira allí. ¿Qué ves?

-El portal de una casa.

-¿No te parece familiar?

El joven captó rápidamente la idea y tomó una vez más en sus manos el celular, accedió a la galería de fotos y encontró la que buscaba. Extendió la mano mostrándosela a Lena.

-No hay dudas, es el portal de la foto de mis padres.

-Estamos a un par de cuadras del parque. –Acotó Lena.- ¿Por qué se habrán sacado una foto en este sitio? ¿Qué tendrá de especial?

-No lo sé. Se los preguntaré aunque es posible que ya no se acuerden.

-Pero si tienen esa foto junto a su cama algún significado debe tener.-Insistió la mujer.

-Lo importante es que tiene un significado para nosotros dos.

-¿Cuál es?

-Que hemos buscado y encontrado este sitio. Y que lo hemos hallado el día en que salimos juntos por primera vez. Quiero sacarte una foto, ponte allí como en la foto.

-No espera.-Respondió la mujer; tomó el celular de las manos de él y dio dos pasos hacia una joven japonesa; evidentemente una turista portando alrededor de su cuello varias cámaras y filmadoras. Como la muchacha no parecía entender inglés Lena le pidió por señas que les sacara una foto con el celular. La joven rió encantada de la situación y les hizo señas de que se colocaran frente al portal. Lena subió uno de los escalones para acortar un poco la diferencia de altura

con el muchacho y ambos sonrieron hacia la gentil fotógrafa. La chica obtuvo varias fotos y les hizo un ademán que esperaran. Luego tomó una de sus propias cámaras y sacó una foto, obviamente sin saber de qué sitio se trataba, pero presumiendo que si esa pareja se fotografiaba allí algún significado debía tener.

Lena agradeció a la amable japonesa y ambos prosiguieron la marcha hacia la avenida.

-Bien, nosotros ya tenemos nuestra foto romántica.- Dijo naturalmente Federico.

Lena apretó su brazo mostrando su felicidad por el momento.

Capítulo 14

Por primera vez desde su frustrado intento de suicidio Hualing había salido a pasear al bebe por el Promenade, sitio que había tenido tanta importancia en su limitada experiencia de vida en Nueva York. Laura Cohen había intentado disuadirla de exponerse a tan malos recuerdos con el argumento de que ella podía sacar a la niña sin problemas, pero Hualing había insistido en hacerlo para vencer sus miedos y poder así recuperar su vida. Sin embargo temblaba ante la incógnita de no poder prever cuál sería su reacción al encontrarse sola en la explanada. La posibilidad de reencontrarse con Federico se le antojaba remota y sabía a través de su patrona que el joven había sufrido una conmoción al enterarse de su intento. El único temor a encontrarlo era reavivar sus propios sentimientos, ya que sabía que seguía enamorada de él; en realidad uno no elige de quien se enamora y con frecuencia lo hace de quien la persona equivocada; Hualing había experimentado esta realidad en carne propia. Al atravesar el sendero de entrada al Promenade y salir a la amplia explanada, el débil calor del sol tuvo un efecto reanimante en su espíritu. La joven china supo que había tomado la decisión correcta de enfrentar a sus incertidumbres; sin ella darse cuenta la niña se comenzaba a transformar en mujer.

La muchacha se colocó cerca de la baranda que marca el límite de la explanada; venciendo una cierta traba interior levantó sus ojos hacia la bahía y al cielo encima del mar. Allí contempló no sólo el East River y las edificaciones de Manhattan Sur. Valerosamente Hualing miró de frente a su porvenir.

Federico la acompañó nuevamente hasta el portal de su edificio y se despidieron en forma sobria con el consabido beso en la mejilla. Miró al joven alejarse en busca de la estación de metro más cercana y entró en la casa.

Al acceder a su apartamento fue al dormitorio y se acostó vestida en la cama. Antes de ducharse quería paladear una jornada que había satisfecho todas sus expectativas. Seleccionó mentalmente las confirmaciones que le resultaban más importantes y escogió dos.

En primer término Federico era el muchacho lúcido, de buena educación y lleno de inquietudes que ella recordaba del viaje en avión; como Lena admiraba la inteligencia en el hombre aún por encima de su aspecto, esta constatación la tranquilizaba. Podía haber ocurrido en el primer encuentro aéreo que el mutuo deslumbramiento físico hubiera disimulado ciertas falencias intelectuales, pero felizmente no era así.

El segundo punto de importancia era verificar que el interés del muchacho en ella era real y no se limitaba a intentar arrastrarla a la cama. Con respecto a eso, Lena había sofrenado su impulso de hacerlo pasar a su apartamento el primer día que salían, a pesar de que notaba en sus hormonas que estaba necesitando actividad sexual. La convivencia de casi un mes con Tiziana la había acostumbrado a un tren de relaciones no sustentable. Estaba contenta con su auto contención inicial. Algo de verdad tenían todos los consejos de vieja de no apurarse en llevar un hombre a la cama para valorizar el momento en que sí se hiciera. Ya tendría tiempo de desquitarse y dar rienda libre a los instintos.

Mientras se duchaba decidió que ese mismo día necesitaba festejar lo que consideraba su éxito. Tomó la decisión de llamar a su

amiga de toda la vida e invitarla a reunirse esa misma noche.

Loretta accedió encantada a reunirse con ella, ya que no se habían visto desde que Lena había viajado a Venecia; la única condición que puso fue que la reunión fuese en su propio apartamento, ya que estaba dedicando su tiempo a arreglar su cabello, una tarea delicada y para la que la mujer tenía poca paciencia. Ya que la casa de su amiga sólo distaba seis cuadras Lena aceptó rápidamente y se dispuso a ir de visita, se secó el cabello, se vistió someramente y salió de su casa sin más dilaciones. Una amistad de veinticinco años no exigía muchos requisitos, y ya se había maquillado pacientemente para Federico antes.

Loretta Brown era una afroamericana nacida en Brooklyn, en un barrio donde una avenida separa las comunidades negra y judía, que alguna vez estuvieron en conflicto. Lena había nacido del otro lado de la avenida y ambas mujeres se habían conocido en la escuela media y una amistad había nacido desde entonces. Loretta había escalado la difícil escalera para emerger de su medio y había podido estudiar y recibirse de abogada. Una vez en posesión de su título, en lugar de dedicarse a temas de igualdad de derecho o violencia de género como esperaban sus padres se había especializado en derecho corporativo donde había tenido notable éxito. En el aspecto familiar no había sido tan exitosa y ya acumulaba divorcios con su tres maridos, dos de ellos blancos. Su personalidad poderosa y expansiva era responsable de sus triunfos y fracasos, pero Lena siempre había apreciado su equilibrio y sabiduría, particularmente en lo que pensaba confiarle.

Cuando Loretta abrió la puerta de su apartamento su amiga comprendió su renuencia a salir de su casa; se hallaba con todo los cabellos alborotados en el intento de cambiar su peinado. Como Lena

portaba dos botellas de vino en sus manos la dueña de casa emitió un silbido.

-Veo que no tienes intención de regresar a tu casa esta noche. Ven, pasa y déjalas en la cocina para abrirlas luego.

-De modo que lo que no has hecho en veinte años lo has llevado a cabo en los tres meses transcurridos desde nuestro último encuentro. Te has dejado por fin llevar por tus impulsos y el corazón y lógicamente la confidente adecuada para eso es tu vieja amiga Loretta.

Aún antes de cenar frugalmente y abrir las botellas de vino Lena había comenzado a contarle todas las particularidades de lo ocurrido en sus viajes a Argentina y a Italia, narrando su encuentro con Federico y su relación con Tiziana sin tapujos.

-De modo que has tenido relaciones con otra mujer. ¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba. Y por lo que veo no estás arrepentida ni avergonzada sino que lo percibes como una liberación. Me alegro por ti, porque veo que ha representado algo que había estado reprimido y lo has dejado salir. – A esa altura ya Lena estaba contenta de haber recurrido a su amiga pues estaba describiendo detalles de su proceso interior de lo que no estaba plenamente consciente.

-¿Tienes una foto de esta italiana?

Lena abrió su celular y buscó una larga serie de fotos de Tiziana y ella o Tiziana sola obtenidas en Venecia y Milán.

-¡Abrazadas en público en un puente del canal principal de Venecia! ¿Han estado también en una de esas canoas con remeros?

-Góndolas. –Corrigió Lena.-Por supuesto.

-Has vivido un romance...novedoso y evidentemente estás orgullosa de haberlo hecho. Tu italiana es muy bella y con el atuendo

masculino luce muy *chic*.-Suspiró y dio en tono jocoso.-No sé lo que me estoy perdiendo en la vida.

-No es para todas las mujeres.

-Y dime.- Prosiguió la dueña de casa.- ¿Eso ha disminuido tu interés por los hombres?

-¡Absolutamente no!...es algo más que antes no tenía.

Tranquilizada por la frase de su amiga Loretta agregó.

-Eso explica lo que me cuentas sobre tu amigo argentino...

¿Cuál es su nombre?

-Federico.

-¿Tienes una foto de él?

-No...Aunque...espera, sí tengo. -Lena recordó las sacadas por la turista japonesa con el celular de Federico, que luego se las había pasado por medio de Bluetooth.

-Bueno, es muy bien parecido. Este sí que es de mi agrado.

Loretta llenó otra vez los vasos de vino; miró a su amiga en los ojos y dijo.

-¿Y también tienes un sentimiento de culpa por tu relación con este muchacho? ¿Es porque lo consideras muy joven? No puedes ocultarle nada a Loretta. Te conozco mejor que tú misma.

Lena se sintió por primera vez inquieta; en efecto su amiga había expuesto a la luz un conflicto interno que ella estaba reprimiendo y no quería confesarse.

-Algo de eso hay.

Inesperadamente Loretta estalló en una carcajada.

-¿Te sientes mal porque puedes conseguir lo que toda mujer anhela en su vida?- Más que una pregunta era una exclamación; luego prosiguió. – Lena querida, tu madre castradora conserva más influencia

en tu psiquis que lo que crees. De esto sí que voy a liberarte.

Acto seguido llenó los vasos con lo que quedaba en la última botella y se recostó en el sillón, evidentemente mareada.

-Escucha a tu amiga del alma. Si llegas a perder la oportunidad de conseguir el hombre que quieres por un prejuicio patriarcal del siglo XIX te corto el saludo.

Ambas mujeres rieron estrepitosamente, reconociendo el efecto del alcohol, que sin embargo permitía exponer los verdaderos sentimientos al desnudo.

Capítulo 15

Lena despertó al día siguiente en su cama a la que no sabía cuando ni como había llegado. Miró con espanto el reloj situado en la mesa de luz y decidió llamar a su oficina para avisar que ese día iría de tarde debido a una indisposición, recurso que usado por las mujeres no solía generar más preguntas. Se levantó y desayunó en abundancia tomando en total tres tazas de café para evaporar los efectos de la resaca.

Pensó con preocupación que en los últimos dos meses se había puesto en estado de ebriedad más que en los veinte años anteriores, y tomó la determinación de frenar ese estado de cosas. Otra vez la madre irlandesa le dictaba reglas, pensó. Sin embargo reflexionó que estaban cambiando facetas en su vida a una velocidad que no era compatible con su máscara de arquitecta corporativa eficiente y segura y que no le resultaba fácil controlar el rumbo de los acontecimientos, la bebida era sólo una muleta transitoria que dejaría de lado cuanto antes.

Luego hizo una evaluación de la noche transcurrida en casa de Loretta, al menos hasta donde podía recordarla. Entendió que en la discusión con su amiga se había producido en ella una catarsis que de otra manera no hubiera ocurrido con tal intensidad. La mujer siempre le hacía ver costados de los hechos que a veces Lena tenía dificultad para apreciar. Varios nudos internos se habían desatado la velada anterior que le permitían seguir adelante con su vida sin el lastre de sentimientos de culpa espurios. No iba a culpar a Tiziana por sus preferencias sexuales ni por haberse enamorado de ella, no iba a auto-flagelarse por compartir esos sentimientos. Por último, Federico no

tenía quince años sino veintitrés, y sin duda experiencia previa con mujeres.

Al llegar a la oficina al día siguiente le extrañó que Paula no hubiese llegado ya, aunque la brasileña le había cortado el saludo seguía siendo un punto de referencia temporal ya que era la primera en llegar a la mañana y era la que abría la oficina del gerente. Cuando ella y Federico viajaban juntos desde Brooklyn el joven debía madrugar más de lo habitual para encontrarla antes de emprender el viaje.

Al cabo de un rato levantó la vista y la vio llegar junto con Kevin, ambos sonrientes; este último se despidió de la mujer con una seña de la mano y se dirigió a su puesto de trabajo en frente del de Federico.

Al verlos juntos éste adivinó parte de la historia y los celos aguijonearon sus entrañas al principio, pero de inmediato su sentido ético reaccionó y le recordó que toda la responsabilidad recaía sobre él. Finalmente razonó que si la mujer había recompuesto sus relaciones afectivas tan rápido era menor el daño conferido por su dualidad sexual pasada y la consiguiente carga de culpa, en lo que a la brasileña concernía al menos.

Le pareció que Kevin al principio esquivaba su mirada hasta que de alguna forma forzó un intercambio visual. El tímido neoyorquino se ruborizó lo que despejó cualquier duda que Federico pudiera tener sobre su vinculación con Paula. Le sonrió en forma visible lo que pareció alejar la mala consciencia de Kevin y para aventar cualquier sospecha de que albergaba sentimientos duros hacia él.

Al volver a su apartamento en Brooklyn Federico comenzó a quitar los frenos a su mente para que realizara la evaluación de su

reunión con Lena el día anterior. Prolijamente comenzó a repasar los aspectos físicos visibles y recordó el fuerte impacto emocional que le había causado verla salir de su casa elegantemente vestida, peinada y - aunque él no pudiera evaluarlo debidamente- maquillada. Lena lucía mucho más atractiva que unos meses antes en el avión donde iba vestida con ropas cómodas para viajes largos.

Pero si el aspecto exterior era notable, fueron los aspectos relacionados con la desenvoltura, la conversación, el dominio de temas variados los que habían subyugado al joven. Él no tenía forma de saberlo pero el azar lo había puesto en contacto con una profesional exitosa y de primer nivel en su ámbito de trabajo, que se destacaba en una ciudad sumamente competitiva como Nueva York y cuya esfera de actuación era en realidad el mundo. El aura de belleza y *glamour* que rodeaba a Lena difícilmente dejaba indiferentes a los hombres de cualquier edad.

Un atisbo a esa realidad hizo que Federico se interrogase sobre qué podrían haber visto esa dama que se movía en círculos sofisticados de Nueva York en un joven que recién iniciaba su carrera en un área técnica de una empresa mediana, y que había concurrido a la cita con ella vestido apenas discretamente.

Estaban todos reunidos en torno a una gran mesa con cocktails y bebidas sin alcohol y todo tipo de sándwiches y bocados. La empresa celebraba el décimo aniversario de su fundación y había preparado un festejo para sus empleados. En una simple ceremonia habían disertado dos de los directivos de más alto nivel a quienes Federico no había visto antes y que en realidad no desempeñaban funciones sino que representaban a los grupos de accionistas más importantes.

Como ocurría últimamente el joven se hallaba sosteniendo una copa medio vacía en soledad, un tanto alejado del resto de los empleados. No se debía a desaires que le hubieran hecho sus compañeros luego del episodio con Paula sino a sus propias cavilaciones sobre la posible reacción de los mismos. En un momento sintió que le tocaban el hombro y al darse vuelta vio con gran sorpresa que se trataba precisamente de la brasileña que exhibía una sonrisa un tanto triste en su boca. Federico estuvo un instante sin saber cómo reaccionar de modo que la muchacha tomó la iniciativa, tal como le ocurría a menudo en sus relaciones con las mujeres.

-Puedes irte a reunir con los chicos. No les has hecho nada a ellos.

-Yo...no, no me sentiría cómodo.

-No tiene sentido seguir arrastrando situaciones que no tienen remedio. Debes dar vuelta página como la he dado yo. No quiero permitir que el episodio contigo arruine mi vida.- Señaló al grupo reunido en torno a una mesa cercana.-Son tus compañeros con quienes te ves todo el día. Reúne coraje y ve a tomar un trago con ellos. Les he pedido que te acepten sin condiciones.

Una vez más Federico hizo lo que las mujeres le empujaban a hacer. Era sin embargo consciente de que aún necesitaba que otros arreglaran sus desaguisados. También percibía aunque de una forma difusa una cierta grandeza moral en Paula, que permitía a la muchacha sobreponerse a sus propias emociones negativas.

Lena había viajado a Montreal por un par de días y había regresado la noche anterior. Federico estaba esperando que se comunicara con él en algún momento. En el viaje en metro había

sentido un zumbido característico en el bolsillo donde llevaba el celular. Al llegar a su casa encendió el aparato y constató que efectivamente se trataba de un mensaje de la mujer.

“Hola. Ya estoy en NY. Mi mejor amiga Loretta quiere invitarnos a cenar en su apartamento el sábado a las 7 PM. Vive cerca de casa. ¿Quieres venir? En ese caso nos encontramos 10 minutos antes en mi casa.”

La noticia agradó a la vez que intrigó al muchacho. Nunca la mujer le había hablado de esta amiga antes, pero reflexionó que en verdad eran pocos los detalles de la vida de Lena que él conocía. Antes de recibir la invitación contaba con reunirse con Lena pero había pensado hacerlo a solas. No había muchas opciones de todas maneras. de modo que respondió.

“OK.”

Tocó la campanilla del apartamento de Lena mientras consultaba su reloj. Había llegado con unos minutos de anticipación por las dificultades de prever exactamente el tiempo de viaje desde Brooklyn. La mujer contestó desde el portero eléctrico.

-¿Federico?

-Sí.

-Estoy terminando de vestirme. Ya bajo.

Una vez más el joven quedó deslumbrado cuando Lena apareció en la puerta del edificio. Su buen gusto para vestirse y la variedad de sus atuendos siempre dejaban al joven boquiabierto y consciente de sus propias limitaciones en cuanto a indumentaria.

Lena lo besó en la mejilla y tomó su brazo antes de pronunciar una palabra.

-Ven. Llegaremos en cinco minutos. Mi amiga ya nos está

esperando.

Loretta resultó ser una mujer de unos cuarenta y cinco años, un poco excedida de peso pero de gran agilidad corporal y talante jovial. Estaba vestida con colores cálidos que contrastaban con su tono de piel.

-Tú debes ser Federico.-Dijo redundantemente.- Bienvenido a mi casa.

Durante los primeros minutos Lena resumió a su amiga el encuentro fortuito con Federico en vuelo desde Buenos Aires.

-Debes cuidarte de aquellos a quienes conoces en los aeropuertos.-Dijo jocosamente la dueña de casa dirigiéndose al joven.

-Loretta es mi mejor amiga desde la época de la escuela media.-Lena siguió con las presentaciones prosiguiendo la broma de la referida.-También es mi consejera en muchos aspectos... ¡Ah! También es abogada, de modo que cuídate de lo que dices. Ya sabes, todo puede ser usado en tu contra.

Loretta sirvió unos tragos y la conversación se generalizó. Federico se sintió a gusto desde el primer momento por la actitud expansiva y amistosa de la anfitriona, y la charla insensiblemente se fue convirtiendo en un diálogo entre Loretta y el joven, donde la primera iba sutilmente haciéndole hablar sobre su familia, amigos en su ciudad natal, aficiones y preferencias. Federico se prestó a ir revelando aspectos de los que pocas veces hablaba mientras Lena prestaba atención en silencio, indudablemente interesada por el panorama que el muchacho iba abriendo ante la conversación de Loretta. La mujer no pudo menos que admirar la habilidad de su amiga, sin duda fruto de su larga formación profesional como abogada. Lena reflexionó sobre el hecho de que librada a sus propios medios ella hubiera tardado mucho

tiempo en enterarse de algunas de las cosas reveladas.

Loretta había cocinado ella misma y la cena transcurrió en una atmósfera festiva que duró varias horas, ya que al día siguiente todos podían dormir hasta tarde.

Al abandonar el apartamento Federico acompañó a Lena hasta su casa; ambos permanecían de un excelente humor, un poco estimulado por los tragos ingeridos. Al llegar frente al portal del edificio de su casa Lena subió un escalón de la escalera de acceso, se dio vuelta y enfrentó el rostro del muchacho a corta distancia. Él tomó la cabeza de la mujer y la aproximó aún más. Sus labios se unieron en un beso prolongado y largamente esperado.

-Hace frío aquí afuera. ¿Quieres pasar a mi casa?

Lena había planeado minuciosamente este momento como todo lo que hacía en su vida. El joven asintió.

Al entrar en el apartamento se quitaron las prendas abrigadas sin pronunciar una palabra. Federico abrazó a la mujer en forma estrecha cortándole por momentos la respiración y luego comenzó a acariciar su cuerpo. Ella se soltó y estalló en una carcajada producida por la tensión contenida que sorprendió al muchacho, luego se quitó los zapatos que quedaron regados por el piso, lo tomó por la mano y lo guió directamente hacia el dormitorio.

Capítulo 16

Ese domingo Federico se marchó luego de compartir un almuerzo temprano para compensar el desayuno que no habían ingerido. Se habían despertado un poco antes de las once después de una noche agotadora. Antes de cambiarse Lena tomó su celular para abrir un mensaje de *what's app* cuyo sonido característico había percibido momentos antes de despedir al joven. Tal como sospechaba, la remitente del mensaje era Loretta.

“¿Quieres venir por casa? Estaré sola todo el día.”

Lena sabía cuál era el propósito de la nueva invitación y estaba muy interesada en reunirse de modo que contestó.

“¿A las 4 p.m. te viene bien?”

La respuesta afirmativa no tardó en arribar.

Ambas mujeres estaban sentadas frente a sendas tazas de café. Casi no habían hablado hasta ese momento.

-Y bien. ¿Cómo terminó la noche?- Preguntó sin tapujos la dueña de casa.

-De la mejor manera posible.- La respuesta fue también directa e hizo innecesarias más preguntas al respecto.

-Bien, me alegro por ti. Evidentemente lo estabas necesitando.

-Así, es. Pero habla tú. ¿Cuál es tu opinión sobre Federico?- La ansiedad de Lena era obvia y traslucía el respeto por el pensamiento de su confidente.

-Globalmente positiva, con sus luces y sus sombras.

-Amplía eso.

- Bien.- Loretta reposó su espalda sobre el sillón como una forma de darse tiempo para buscar las palabras adecuadas.

-Es un joven limpio, sin adicciones ni tendencias peligrosas, lo que los tiempos que corren y en Nueva York no deja de ser un hallazgo.- Sorbió un poco de café y prosiguió.- Ha estudiado y obtenido un trabajo estable del cual espera vivir. No tiene pretensiones de *gigoló* ni espera que una mujer mayor lo mantenga. Para ti eso es importante.

-Sin duda.

-Está enamorada de ti y lo deslumbras.- La frase tajante sorprendió a Lena.

-Lo que no sabemos es cuan sólidas y permanentes son sus emociones.-Prosiguió la anfitriona.-Pero en gran medida depende de ti hacerlas permanentes.

Lena asintió en silencio y su amiga prosiguió.

-Estoy segura que vas a lograrlo pues tienes todas las condiciones para ello.

-¿Qué otra cosa has visto?

-Es un chico inteligente. Te conozco y sé bien que esa es una cualidad que tú aprecias.

-Sí. Me aburriría junto a un hombre sin un cierto nivel intelectual, sin inquietudes ni proyectos.

Lena decidió sentarse en el piso alfombrado enfrentando el sillón donde se hallaba su amiga. Prosiguió.

-¿Pero?

-¿Pero qué?-Respondió Loretta frunciendo el ceño.

-Al comienzo me dijiste que hallas luces y sombras en el carácter de Federico. Hasta ahora me has dicho lo positivo; háblame

ahora de las sombras.

-No es verdaderamente un personaje sombrío y por su juventud no ha terminado de madurar. Quizás lo que voy a decir no sean características definitivas.

-Déjate de dar vueltas y dispara.

La dueña de casa se revolvió en el sillón sin duda un poco incómoda y prosiguió.

-Me parece un joven un tanto flojo de carácter, acomodaticio y que se deja llevar por la corriente. El haber dejado su casa en Sud América y venido a vivir en una ciudad desafiante como Nueva York debe haber sido una decisión dura para él, pues significó abandonar su zona de confort en una casa paterna seguramente de clase media.

-Sabes que yo he estado en Buenos Aires.-Interrumpió Lena.- No se trata de una aldea bucólica y somnolienta. Es una ciudad difícil, distinta a Nueva York pero muy activa y competitiva, llena de turbulencias políticas y sociales. Los habitantes son seres curtidos que han pasado por muchas experiencias, sobrevivientes natos.

-Quizás me equivoque.- Prosiguió la dueña de casa.- Me da la impresión que el muchacho se vale de que es apuesto y consigue atraer a las mujeres sin hacer mucho esfuerzo.

-¿Y yo he caído en esa red?

-No te hagas la mártir. Tú no tienes nada de incauta. De hecho, la que has tendido las redes eres tú.

-Eso es cierto. No tengas dudas.

-El problema es que Federico se encuentre demasiado cómodo en tu red. Quizás lo tengas que llevar por las narices toda la vida.

-Es una carga que estoy dispuesta a aceptar.

Loretta se levantó del sillón, se sentó en la alfombra junto a su

amiga y la besó en la mejilla.

-Tienes razón, siempre has sido una líder y la gente te ha seguido, desde que practicábamos deportes en la escuela media. Sé bien que estás obsesionada con tu hombre y que lo podrás manejarlo a tu voluntad, y como eres una persona noble lo harás para bien de ambos.

Lena se retiró de casa de su amiga con un gusto agridulce en la boca. Confiaba en la intuición de Loretta y estaba segura de que había diseccionado la personalidad de Federico con precisión por lo que aceptaba todas sus conclusiones. Su amiga era una fina analista de caracteres y le había brindado herramientas para guiar su vida sentimental. Se aseguraría de amarrar al muchacho con el que, tal como Loretta le había develado, estaba obsesionada.

El viernes siguiente cuando Federico la llamó para combinar una salida para el fin de semana Lena le hizo una sugerencia que había estado madurando el día anterior.

-Me gustaría que este sábado nos encontráramos en tu casa. Quiero conocer como vives y lo que haces. ¿Me quieres invitar?

-Por supuesto. Sólo que no tengo demasiadas comodidades.

-Pero tendrás un dormitorio. Porque me pienso quedar a dormir contigo.

-Sí, por supuesto. ¿Te espero para almorzar?

-¿Sabes cocinar?

-No. Tendré que salir a comprar la comida.

-Entonces iré más temprano y compraremos la comida juntos.

Te ayudaré a elegir.

Habían ya almorzado y cómo no habían cocinado sólo tuvieron que disponer de los platos y vajilla de cartón y plástico. Lena dijo.

-Me gustaría pasear contigo por el Promenade. Estuve sólo una vez hace mucho tiempo pero lo recuerdo como un sitio con un buen panorama y apto para parejas de enamorados.

-Lo es, sólo que el tiempo está frío e inestable. Puede llover en cualquier momento.

-Llevaremos paraguas. –Repuso la mujer.-Has visto que traje el mío.

Caminaban por la amplia explanada y por momentos ambos se paraban junto a las barandas para contemplar la magnífica vista de la bahía y la isla de Manhattan enfrente. Corría un viento frío y Lena alzó las amplias solapas de su abrigo para proteger su cara. Federico pasó un brazo sobre los hombros de la mujer estrechándola contra su cuerpo para luchar contra el viento. A pesar de la inclemencia del tiempo la sugestión de la escena se apoderó de ambos y se unieron en un largo beso. Unas primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre ambos. Lena expresó.

-Ven, vamos a sentarnos en el banco antes de que se moje.

-¿Quieres permanecer aquí bajo la lluvia?

-Sí.

Ambos se sentaron y abrieron los paraguas y así permanecieron abrazados bajo la lánguida llovizna. Dos amantes acumulan toda experiencia romántica como cuentas de un collar.

Cubierta de la lluvia por las hojas de un árbol añejo Hualing

observaba la escena a una cierta distancia. Los fines de semana en que no iba a visitar a sus padres en el Barrio Chino en Manhattan, la muchacha caminaba por Brooklyn Heights y terminaba siempre su recorrido en el Promenade, que era fuente de recuerdos dulces y de los otros. Había reconocido a Federico inmediatamente y su primer impulso fue volver corriendo a casa de Laura Cohen para librarse de sus heridas aun sangrantes, pero luego decidió beber la copa amarga hasta el final. El hecho de poder controlar sus lágrimas le causó un cierto orgullo. Frotó sus muñecas que aún exhibían las cicatrices de heridas auto infligidas y subió la capucha de su abrigo impermeable para no mojarse con la lluvia.

Capítulo 17

Luego del almuerzo salieron a caminar por el barrio.

Anteriormente Lena había estado en Brooklyn Heights sólo de pasada y el barrio de alto contenido histórico le resultaba interesante en su carácter de arquitecta. Llovía de a ratos y la proximidad con el mar traía ráfagas de viento frío. En un momento la mujer aproximó su boca al oído de Federico y susurró.

-Volvamos a tu casa. Quiero ir a la cama contigo y que me frotes para calentar mi cuerpo. Quiero que beses y acaricies todo mi cuerpo.

Habían pasado tres horas en el lecho y ambos se hallaban exhaustos y satisfechos. Aún desnuda Lena se sentó apoyándose en el cabezal de la antigua cama dando a entender que quería conversar. Se hallaba exultante en medio de una tarde que había colmado sus expectativas y sus fantasías; algunas de las caricias del muchacho habían traído a su memoria las veladas con Tiziana, que añoraba con frecuencia.

-Sabes bien cómo satisfacer a una mujer.-Afirmó- ¿Estará en tus genes italianos?

-No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

Lena había resuelto que no tendría secretos con el joven. Ella se hallaba orgullosa de su relación con Tiziana y deseaba compartir ese sentimiento con Federico pero era consciente de las reacciones que podía originar en el joven, basadas en homofobia o en celos de un amante; el hecho de que el muchacho fuera sudamericano agregaba una

dosis más de incertidumbre por las tradiciones machistas que podían estar latentes tras esa fachada complaciente. A pesar de los riesgos Lena no quería fundar la relación más importante de su vida en la mentira y el ocultamiento. Volvió a la pregunta que había quedado pendiente sobre los genes italianos.

-Escucha...sabes que recientemente he estado en Italia varios meses...

Usando como cuña su relación profesional introdujo a Tiziana en el relato y fue desgranando la evolución de esa relación en una personal y afectiva. Miraba el rostro del muchacho para detectar reacciones negativas y cambiar el contenido de la narración para no romper su vinculación con Federico prematuramente. Con mucho tacto Lena fue compatibilizando su interés en blanquear aspectos de su vida que no deseaba que permanecieran en la sombra con el supremo objetivo de retener a Federico. En un momento determinado el joven preguntó.

-¿Y has mantenido sexo con la tal Tiziana?

Era el momento tan temido, en el cual todo se podía desmadrar. Lena lo afrontó con determinación.

-Sí.

La cara del hombre no experimentó ninguna transformación evidente que pudiera traicionar sus sentimientos ante la revelación, ¿Decepción? ¿Asco?, ¿Rechazo? Lena esperó tensa.

-¿Y fue bueno para ti?- Preguntó él en forma neutral.

-Sí, muy bueno.-Lena sabía que ya se había tirado a la piscina y ahora debía nadar.

-¿Alguna de las cosas que me pediste hacer en la cama la aprendiste con ella?

-Sí, varias.

-¿Esta Tiziana es mi rival? ¿Para ti representa lo mismo que yo?

-¡Absolutamente no!- Lena sabía que debía huir hacia delante, abriendo su interior afectivo por completo.

-Tú eres mi más grande proyecto personal, el foco de mis expectativas desde que te vi en el avión, el objeto de mis deseos.

-¿Me amas?

Inclinándose sobre él en la cama Lena se abalanzó sobre la cabeza del joven y la apretó contra sus senos.

-Por supuesto. Tú eres lo que más amo. Tiziana es otra cosa distinta en mi vida; pero también es importante.

-¿Ella lo sabe?

-Sí.

La mujer sintió la liberación de un enorme peso al haber podido conciliar dos aspectos conflictivos aunque relevantes en su vida.

-¿Hay algo que tú quieras contarme? -Preguntó.

-Sí.-Respondió el joven.- La diferencia es que tú estás orgullosa de tu relación con esa mujer. Yo no puedo estarlo de mis acciones. Desde que llegué a Nueva York y antes de establecer contacto contigo estuve con dos mujeres...al mismo tiempo.

También Federico fue desarrollando su relación aunque por momentos la voz se la quebraba, sobre todo al recordar la agónica conversación con el paramédico frente a la casa de Hualing. Lena escuchó la narración sin hacer preguntas y finalmente ambos quedaron en silencio, acostados uno junto al otro. Los dos sabían que su relación mutua había ganado en profundidad al basarse en la verdad y la confianza.

Decidieron cenar temprano ya que a pesar de la invitación de Federico de permanecer con él durante la noche del domingo y viajar en el metro a su oficina desde Brooklyn Heights, Lena prefirió ir a su propia casa para cambiarse y descansar durante la noche en lugar de volver a los escauceos amorosos que serían inevitables en caso de quedarse.

Cuando estaban tomando té luego de la cena la mujer resolvió hacer una oferta en la que ya había estado meditando en los días anteriores.

-¿Por qué no eres tú el que se muda a mi apartamento?

-¿En forma definitiva?

-Sí. ¿O es que no estás preparado para tomar un mayor compromiso?

Federico evaluó rápidamente la respuesta.

-No había pensado en esa posibilidad.

-Como yo me seguiría haciendo cargo de la renta, tú podrías ahorrar el alquiler que pagas. Tendrías un menor tiempo de viaje hasta tu oficina y hasta podrías ir caminando si lo quisieras. Es más, mi apartamento es bastante más espacioso que el tuyo y ya has visto que también tiene dos dormitorios. Podrías tener uno para ti si lo quieres.

- No me gusta la idea de ser mantenido por una mujer, aunque sea en la renta.

-Te puedes hacer cargo de los otros gastos si así lo prefieres, es ese caso ahorraríamos los dos.

-¿No te aburrirías de mi?

-Nunca, estoy bien segura de mis emociones, lo que no sé si será también tu caso.

El hombre la besó en la frente y dijo.

-En dos meses vienen a Nueva York mis padres para tomarse quince días de vacaciones. Lo harán aprovechando que conmigo tienen el alojamiento asegurado, ya que les cedería el dormitorio grande e iría al más pequeño.- Federico meditó un instante y añadió.

-Cuando regresen prometo considerar tu oferta, si es que la mantienes en pie.

-¿O sea que te seduce la idea?

-Sí, por el ahorro de dinero.- Lena le dio un golpe con el puño mientras el muchacho estallaba en una carcajada.

Tanto Lena como Federico estuvieron muy ocupados el lunes siguiente de modo que se comunicaron recién el martes. Luego de los intercambios mimosos que se habían hecho un hábito entre ellos, salpicados aquí y allá por algún comentario veladamente erótico, la mujer dijo.

-Olvidaba decirte la noticia más importante que recibí ayer.

-¿Qué ocurre?- Contestó el hombre un tanto a la defensiva, ya que lo que estaba atravesando era una situación idílica y cualquier noticia podía más bien empañarla

-¿Qué te pasa? ¿Quieres congelar la vida?

-*No news is good news.* - Respondió él.

-Te entiendo porque a mí me ocurre lo mismo desde que estoy contigo, sólo que por lo visto tengo más confianza en nuestra relación que tú.

-Bien, dime de qué se trata.

-¿Recuerdas que te conté que dejé una obra de refacción de un local en marcha en Milán?

-Sí.

-Los tiempos de la obra se están cumpliendo en estos días y debo ir a preparar la inauguración, ya que todo el directorio de mi empresa va a concurrir. Es una misión delicada y no exenta de riesgos. Todo debe ir suavemente.

-¿Vas a ver a tu amiga...la veneciana?

-Por supuesto. Tiziana es un eslabón importante en nuestra cadena en Europa. Además voy a pasar una semana en Venecia, para visitar nuestro local allí.

Lena notó la pesadumbre del otro lado de la línea.

-Te tengo una noticia.- Agregó en tono festivo.

-Dime.

-He decidido invitarte a pasar los dos últimos días conmigo.

-¿En Venecia?

-Sí.

-¿Y tu amiga?

-Tiziana desea conocerte. Y eso no es todo.

-¿Qué más?

-He reservado un pasaje a tu nombre para Venecia. Me hago cargo yo del costo.

-Ya te dije que no me gusta la idea que me estén manteniendo.

-Es una invitación gentil. Espero que puedas tomarte unos pocos días libres en tu trabajo.

- Supongo que sí.

-Bien. Para esos días buscaré mudarme a otro hotel de Venecia, más económico.

Silencio.

-Federico.

-Qué.

-Estoy ansiosa de pasar unos días contigo en la ciudad más romántica del mundo. ¿No me dices nada?

-No sé bien que rol va a desempeñar tu amiga Tiziana en todo esto.

-¿Entonces de veras estás celoso? Sabes, me alegra saberlo.

-¿Cuándo viajas?

-El lunes próximo.

-Entonces nos podemos ver este fin de semana.

-Por supuesto. Ven a casa el viernes y quédate hasta el domingo.

Capítulo 18

Una vez más se encontró tocando la campanilla del edificio en Gramercy Park. Lena bajó al cabo de unos minutos; por primera vez la vio un tanto desaliñada.

-Perdóname por recibirte así. Estoy terminando de preparar las maletas. Me vendría bien que me ayudes a cerrarlas.

Una vez concluida la tarea la mujer se fue a su dormitorio a cambiarse. Regresó vestida con ropa casual pero de buen gusto.

-¿Qué te gustaría hacer hoy?-Preguntó al muchacho.

-Ir nuevamente al Gramercy Park.

Lena accedió a darle el gusto al muchacho aunque al salir a abrir la puerta había experimentado un poco de frío. Entró en el vestidor y salió vistiendo un anorak recubierto de pieles sintéticas. Federico sonrió.

-Aun así te ves hermosa.

Lena abrió la puerta del parque e ingresaron al mismo; sobre la vegetación pendía una ligera niebla que algunas ráfagas de viento movían en todas direcciones sin conseguir levantarla. Unas pocas personas deambulaban por la plaza incluyendo algunas madres con sus hijos pequeños y un par de parejas de ancianos. El frenesí de la ciudad a esa hora quedaba fuera de las rejas. Federico tomó la mano de la sorprendida mujer y se dirigió directamente a un sitio entre la arboleda. Lena asoció vagamente el lugar con algún acontecimiento anterior aunque no podía precisar cuál. En un momento el joven paró su andar y enfrentó a la intrigada mujer; entonces hincó una rodilla en el suelo del

parque y mirándola fijamente expresó.

-Lena Shaw Javit, te amo desde el primer momento en que nos encontramos en el avión. Debo al 14B la dicha de haberte conocido y me alarma pensar que me podría haber tocado cualquier otro asiento. Eres no sólo una mujer bella sino también una dama distinguida y un lucero en mi cielo. Quisiera compartir mi vida contigo.

Dicho esto acercó la mano de ella que retenía entre las suyas y la besó cariñosamente. Lena aún no salía de su asombro y estalló en una carcajada alegre. Tiró de la mano que la asía obligando al hombre a pararse y al tenerlo frente a sí repuso.

-Federico Gribaudo, tu declaración me llena de felicidad y es la mejor frase que he oído en mi vida. Yo también te amo desde que te vi. Yo acepto compartir nuestras vidas y nuestros sueños.

Ambos amantes se unieron en un beso larguísimo por completo abstraídos del mundo circundante.

Una pareja de ancianos los miraba sonrientes desde una cierta distancia y al ser percibidos por ellos la mujer comenzó a aplaudir. Completamente sonrojada Lena envió un beso a los testigos y tomó el brazo del hombre.

-Recién ahora reconozco este lugar. Es el mismo en el que vimos a otra pareja realizando una declaración de amor la primera vez que estuvimos.

-Desde entonces estuve cavilando hacerlo yo también y hacerlo en el mismo sitio me pareció adecuado por el entorno natural.

-¿Sabes? El Gramercy Park ha sido desde siempre un lugar escogido para declaraciones de amor y el romanticismo es parte de su tradición. Nunca creí que me iba a ocurrir a mí un día. Estoy tan feliz.

La mujer subió la capucha del anorak y escondió su rostro en

ella para ocultar su emoción.

-Quita esa cosa de tu cara y no ocultes tus sentimientos. Deja que todos te vean contenta.

Mientras regresaban a su apartamento Lena iba meditando sobre la vena romántica que de pronto había hallado en Federico. A pesar de ser un amante ardiente y bien dispuesto jamás había exhibido esa predisposición antes, y la forma en que había recitado toda su declaración de corrido permitía suponer que la había practicado antes. Por alguna razón que no podía totalmente explicar esto producía una alegría adicional a la mujer.

Luego de cenar Federico decidió irse a su apartamento, aunque Lena había insistido en dejarle la llave y en que fuera a trabajar durante la semana desde allí, ya que el viaje era más corto que desde Brooklyn. Sin embargo el joven se resistía a volver a esa casa y encontrarla vacía.

-Volveré aquí cuando regreses tú.- Dijo simplemente.

Al llegar al hotel en Milán al tiempo en que se registraba averiguó el número en que ya se hallaba Tiziana, que resultó estar en el mismo piso. Tan pronto el botones dejó su equipaje y se retiró y antes de ocuparse de sus efectos Lena llamó a la veneciana, quien obviamente se encontraba esperando ansiosamente su llamado, calculando a base de la hora de la llegada de su vuelo el tiempo de arribo.

-¡Ya mismo me corro a saludarte!-Exclamó sin dar oportunidad a una réplica.

A los pocos minutos Lena oyó unos suaves golpes de nudillos

en su puerta y se apuró a abrirla. Las dos mujeres se abrazaron cálidamente derramando ambas algunas lágrimas de alegría. Lena se sacó los zapatos para nivelar un poco las alturas e inversamente la italiana se puso en puntas de pie. Ninguna de ellas aún había pronunciado una palabra, Tiziana tomó la cabeza de su amiga con sus manos y acercó sus labios a los de ella. El beso borró semanas de separación y transmitió una gran cantidad de mensajes no verbales. Finalmente la veneciana exclamó.

-A diferencia tuya yo no tengo a nadie más a quién besar.

Aunque se abstuvo de decirlo Lena reconoció que era una mujer privilegiada. Tan súbitamente como había aparecido minutos antes Tiziana agregó.

-Seguro que necesitas descansar y ducharte después de tu viaje. Te dejo sola ¿Está bien si nos reunimos para cenar?

Ambas mujeres combinaron una hora para encontrarse y elegir un sitio para cenar.

Al quedarse sola Lena volvió sobre el tema que la frase de su amiga le había sugerido. Sabía que debía a su belleza y su distinción el éxito que tenía con sus amantes y la fidelidad con que la aguardaban; la naturaleza y su educación la habían dotado ricamente para el éxito en cualquier medio en que se desarrollara y las gratificaciones abundaban en su vida; hasta los logros en su trabajo dependían en alguna medida de su presencia física. Era suficientemente sensata para reconocer que en su caso el ser una “ganadora” implicaba menos mérito propio que para otras mujeres, que debían enfrentar vallas desconocidas para ella. Solamente requería no cometer errores, nada más...ni nada menos.

Se encontraron en el lobby y como el clima de Milán estaba

lluvioso y brumoso, decidieron cenar en el restaurant del mismo hotel.

La charla fue desordenada al principio pues ambas deseaban contar sus propias experiencias y preguntar por las ajenas todo al mismo tiempo. Sin embargo al rato-como suele ocurrir con personas inteligentes- la conversación se organizó por sí sola y agotados los temas laborales y los chismes sobre personas conocidas por ambas, el tema predominante fue la relación de Lena con Federico. La americana había eludido al principio referirse a ello para evitar episodios de celos a su interlocutora pero era Tiziana la interesada en saber todo, y el entusiasmo de su amiga por su amante masculino no parecía molestarle.

-¿Dices que se arrodilló en la mitad de la plaza para declararse y la gente los aplaudía? Nunca he visto eso ni siquiera en Venecia, lugar romántico por excelencia.

-Bueno...- Contestó Lena un poco ruborizada.-Hay una especie de tradición en esa plaza. De hecho lo inspiró otra pareja que vimos la vez anterior que estuvimos allí.

Tiziana impuso un momento de espera en la conversación, mientras buscaba la forma de abordar un tema espinoso. Finalmente preguntó.

-¿Le has contado a tu novio sobre nosotras?

Lena sabía que su interlocutora nunca eludía los asuntos conflictivos, de modo que estaba preparada para la pregunta.

-Sí.

-¿Cuánto le has contado?

-Lo esencial.

-¿Y cuál fue su reacción?

-Me preguntó si había sido bueno para mí.

-Muy considerado. ¿Es realmente un joven de criterio amplio o es que admite cualquier cosa que venga de ti?

-Creo que un poco de ambas cosas.

Lena sabía que su amiga era una activista de la causa gay-lesbiana, de modo que contaba que el tema no iba a terminar allí.

-De modo que tu Federico no objeta las relaciones entre mujeres. ¿Es tan liberal con las relaciones entre hombres?

-No lo sé. Nunca lo hemos conversado.

-¿Pero qué crees tú?

-Que si las aprueba es en menor medida.

-O sea que no hay que descartar que en el fondo de su alma anide un típico macho latino.

-Tiziana. Yo sé bien que este tema es muy relevante para ti, pero no es una divisoria de aguas para toda la gente. No todos tienen una posición formada. Lo que me importa es que se trata de un joven tolerante.

La veneciana no iba a rendirse tan fácilmente.

-Dime, y esto es lo último que te preguntaré sobre este tema que evidentemente no te agrada. ¿Cuál es la actitud de Federico en temas étnicos?

Lena se revolvió en su silla.

-Al llegar a Nueva York y antes de reencontrarse conmigo tuvo relaciones con dos mujeres, una afro brasileña y una china. Todo bastante tormentoso.

Ante esta confesión incómoda de su amiga Tiziana pareció cambiar de actitud, como si hubiera dado por aprobado un examen imaginario al joven desconocido.

-Y cuéntame- Agregó luego con una mirada cómplice.- Imagino

que manejarás a tu joven enamorado a tu antojo.

-No, en realidad...yo...

-O sea que la respuesta es sí. No podría ser de otra forma.

Estás destinada a tener a tus amantes a tus pies.

La charla de las dos mujeres, salpicada de risas, se prolongó hasta la noche milanesa y ya estaban cerrando el restaurant. Finalmente la veneciana preguntó.

-Y bien. ¿Tu habitación o la mía?

Solo entonces se dio cuenta Lena cuánto había estado esperando esa invitación.

Esa noche Federico se revolvía en la cama sin poder conciliar el sueño y sin lograr explicar la razón de ese estado.

Capítulo 19

La inauguración del local en Milán había concluido con éxito. Federico había cambiado sus planes de viajar directamente a Venecia pues había hablado con sus padres y averiguado que sus bisabuelos provenían de un pequeño pueblo cercano a Milán. Lena estaba comunicándose en el desayuno a Tiziana, quien preguntó.

-¿De modo que es una especie de retorno a las fuentes?

-Supongo que algo así.

-¿De dónde procede su familia?

-De un pueblo cuyo nombre no recuerdo, pero está cercano a una ciudad llamada Legnano.

-Queda a veinte o treinta kilómetros de aquí. Conozco el lugar, es una zona industrial y agrícola. Gente de trabajo. Si sus familiares mantuvieron sus principios al emigrar a América estás en buen camino con él. ¿Luego viajarán a Venecia?

-Sí.

-Quisiera encontrarlos allí. ¿Tienes algún inconveniente con eso?

-Por supuesto que no. Ya te dije que he blanqueado mi situación contigo con él.

En definitiva resolvieron que Tiziana regresaría directamente a Venecia y ante su insistencia Lena tuvo que aceptar que al viajar luego también se alojarían ella y Federico en el *palazzo* de la veneciana que tenía múltiples habitaciones disponibles.

-De esta manera podré formarme una mejor idea de mi competidor.- Dijo riendo.

Descendió del vuelo que con una escala intermedia lo había y trasladado de Nueva York al aeropuerto de Malpensa en Milán, ya que era ese el viaje con la tarifa más barata que había encontrado. Como había una cierta incertidumbre sobre la hora exacta de llegada había pedido a Lena que no lo fuera a buscar al aeropuerto y lo esperara en el hotel. Usando medios públicos de transporte llegó finalmente a la dirección buscada y se anunció en el lobby del hotel, usando su mezcla de castellano con algo de italiano que todo argentino conoce. La mujer descendió del ascensor a los pocos minutos, dando una muestra que lo había estado esperando con ansiedad. Tras un saludo un tanto protocolar en el hall del hotel, a la vista de innumerables pasajeros, el joven se registró y ambos subieron a la habitación de Lena.

La mujer cerró la puerta y se arrojó en los brazos dando una bienvenida un tanto inesperada al joven.

-¿Qué hice bien esta vez?- Preguntó este sorprendido.-Dímelo así puedo repetirlo.

-Tonto, hace diez días que no te veo.- Contestó ella burlonamente sin cesar sus provocadores arrumacos.

Decidieron visitar el pueblo de los antepasados de Federico ese mismo día de modo de cumplir el ritual sugerido por sus padres. Para ello tomaron el tren hasta Legnano y luego un ómnibus de corta distancia hasta Villa Cortese, en realidad ubicado a no más de cinco kilómetros de la primera ciudad.

Una vez en el pueblo caminaron sin rumbo por la solitaria villa, sacando algunas fotos en sitios al parecer destacados, pero sin poder ubicar las casas en las cuales los antepasados del muchacho habían

vivido cuatro generaciones antes. Finalmente regresaron a Milán por los mismos medios en que habían ido. Lena estaba satisfecha de haber acompañado a su novio en su peregrinación familiar, recordando que ella, en su ya lejano matrimonio, había llevado a cabo algo parecido en la comarca de Irlanda de la que procedían sus abuelos maternos.

Esa tarde realizaron los tours por los sitios históricos de la capital lombarda y dejaron para el día siguiente la visita al distrito de la moda, y en particular a la recién inaugurada filial de la firma en que trabajaba Lena.

Federico quedó impactado por el despliegue lujoso del comercio y por la recepción que le brindaron los empleados a Lena.

-Recluté a la mayoría de ellos y estuve trabajando aquí hasta la semana pasada. Algunos me deben su trabajo y demuestran su agradecimiento.-Explicó la mujer.

Permanecieron algo más de una hora mientras Lena ultimaba ciertos detalles y respondía preguntas de los empleados; Federico se sentó en una silla apartada para no interferir con el flujo de personas portando cosas, y desde allí observaba atentamente la dinámica de la escena con su mujer en acción.

Luego de regresar exhaustos al hotel, descansar y vestirse casualmente fueron a cenar en un restaurant cercano. Ambos pidieron *spaghetti* con una las tantas salsas que eran una incógnita al momento de ordenarla pero resultó sabrosa. Mientras la mujer se enredaba con los cubiertos para levantar los fideos observaba al joven enroscarlos eficazmente usando el tenedor y la cuchara. Miró alrededor y notó que en muchas mesas usaban la misma técnica.

-Eso que haces. ¿Es sabiduría ancestral?- Preguntó irónicamente.

-Lo aprendes en la familia si te llamas Gribaudo.

A los postres Lena miró al hombre en los ojos y preguntó.

-Bien, hoy me has visto por primera vez trabajando con mis compañeros de trabajo en mi ambiente habitual. ¿Cuál es tu impresión?

Federico se tiró hacia atrás en su silla, como meditando su respuesta.

-Varias cosas me llamaron la atención. Voy a resumirlas aunque no forma ordenada.

Hizo un alto y comenzó.

-En primer término vives y trabajas en un ambiente elegante y hasta lujoso, donde cada detalle ha sido evaluado. Es un medio distinto del que vive la gran mayoría de la gente, una especie de cápsula de cristal.

Lena asintió ante la corrección del comentario.

-Por otro lado.- Prosiguió el hombre.-Es evidente que posees un gran conocimiento de tu *métier* y capacidad de mando. En los cursos gerenciales que hacen en mi empresa dirían que la gente reconoce tu liderazgo.

Lena se sonrojó ante el cumplido que le hacía el hombre cuya opinión le importaba tanto.

-En resumen.- Finalizó sonriendo Federico.-Estoy orgulloso de ti.

A la mañana siguiente viajaron hasta la estación de Porta Garibaldi donde tomaron el tren hacia la Stazione Centrale Santa Lucia de Venecia. Aún adormecidos hicieron el viaje mayormente en silencio observando la sucesión de imágenes de campiña y ciudades.

Cuando llegaron al *palazzo* donde vivía Tiziana el joven ya se había habituado al paisaje lacustre veneciano; a su influjo sintió como un humor distinto lo invadía; al comentarlo en momentos en que hacían sonar la campanilla de la casa para anunciar su llegada Lena le contestó.

-Venecia tiene algo en común con Nueva York. Ambos se te meten bajo la piel.

-También eso es cierto para Buenos Aires si le das una oportunidad.

-Creo que lo que dices es cierto, a pesar de que estuve poco en tu ciudad.

En ese momento se abrió la puerta ya apareció Tiziana en persona a abrirles. Una nueva etapa se iniciaba.

Capítulo 20

Ni bien accedieron a su piso Tiziana se paró delante del hombre al que acababa de conocer y poniéndose en puntas de pie tomó su cabeza y plantó un prolongado ardiente beso en su boca. Los dos recién llegados quedaron estupefactos.

-¡Ey! Yo lo vi primero.- Gritó Lena conteniendo una carcajada.

-No te preocupes. Sólo quiero saber con quién estoy compitiendo y cuáles son sus armas.- La respuesta de la dueña de casa siguiendo la vena risueña revelaba sin embargo sus verdaderas intenciones.

Al mediodía Lena insistió en ir a almorzar a uno de los *ristoranti* que se hallan inmediatamente vecinos a la *Piazza San Marco* con la idea de probar la comida típica del lugar.

-Acepto, pero esta noche yo cocinaré para ustedes en casa.- Contestó orgullosamente su amiga.- Allí probarán la verdadera comida veneciana, y no en un local comercial.

-Debes saber que Tiziana es una magnífica cocinera y conoce los platos típicos mejor que un *chef* profesional.-Comentó Lena dirigiéndose a Federico.- Y no es ese el único arte que cultiva.

El hombre observó con mirada cómplice a ambas mujeres y Lena estalló en una sonora carcajada.

-Nooo, no me refiero a nada erótico. Ya verás.

A pesar del tiempo variable y nublado Lena y Federico realizaron un paseo por la zona de la Plaza San Marco, lugar central de

la Venecia turística y atiborrada de visitantes en ese momento, mientras Tiziana regresaba a su casa para, según dijo, hacer las compras para honrar su invitación.

Luego de una caminata de dos horas contrataron a un gondolero que los llevara por el viaje habitual que realizan por los canales. El tiempo se mantenía inestable pero hacía frío aunque no llovía. Lena se acurrucó junto al cuerpo del hombre mientras el gondolero entonaba en voz baja una canción que sonaba romántica. Un temblor recorrió su cuerpo. Al percibirlo el muchacho la apretó aún más pero Lena sabía que no era de frío sino de pura felicidad.

Luego del carísimo viaje en góndola los amantes decidieron seguir a pie su recorrido y terminaron abrazados en la cima del Ponte dell'Accademia observando el tráfico fluvial por el Canal Grande. El frío había alejado a la gran masa de turistas y se encontraban ambos en una relativa privacidad. Federico unió sus labios con los de ella y permanecieron un tiempo hasta que un nuevo temblor sacudió a Lena.

-Esta vez es de felicidad pero también de frío.-Dijo.-Vamos regresando, Tiziana debe haber preparado ya sus platos.

El ama de casa apareció con un delantal de cocinera sobre su elegante atuendo mientras servía los platos. Al terminar se sacó la prenda culinaria y se sentó a la mesa con sus comensales. Federico la miró de reojo y no pudo menos que evaluar que se trataba de una mujer pequeña, hermosa y con clase.

-Bien.- Dijo Lena.-Es de rigor que el *chef* nos informe que vamos a comer.

-*Certo*. Hoy tenemos toda comida basada en frutos del mar. En esta bandeja tenemos *sarde in saor*. Son filetes de sardinas fritas con

vinagre, cebollas y diversas hierbas. Lo llamativo es el origen de este plato.

-¿Cuál es?

-Era usado por marineros y pescadores para conservar la comida en épocas en que no existía la cadena de frío.

-¿Y qué es este otro plato?

-*Risotto al nero di seppia*. Es arroz, un ingrediente infaltable en la cocina veneciana.

-¿Por qué está negro?

-Está teñido por la tinta de los calamares. Además se le agrega vino, cebollas y tomates. Comenzaremos por él.

-Describe el vino que has escogido.

-Es un *Prosecco frizzante*. Un vino blanco que se adecua a la comida marina.

La cena fue muy festejada, incluyendo el arroz negro cuyo aspecto lucía al principio un tanto sospechoso a los ojos de Lena.

Una vez concluida pasaron a una sala con amplios sillones a tomar el café. Sin introducción de ninguna clase Tiziana preguntó, dirigiéndose expresamente a Federico.

-¿Qué opinas del problema de los refugiados que buscan asilo en Europa?

-Eh..bien. –Sin duda la pregunta había tomado desprevenido al joven que aparentemente comenzó a trastabillar, por lo cual Lena intentó salir en su defensa, siendo frenada por una imperceptible señal de la mano de su amiga. Federico de repente se recompuso y comenzó a decir en voz baja.

-Yo vengo de un país que siempre ha recibido a los que llegaban perseguidos desplazados, en su mayoría de Europa, entre ellos

a mi bisabuelo. Sin esa actitud no estaría hoy aquí.

Sin esperar un instante Tiziana formuló una nueva pregunta.

-Pero aquí hay quienes piensan que deben volverse a sus países de origen y hay que se debe cerrarles las fronteras.

El muchacho dudó nuevamente y comenzó una nueva respuesta, confusamente al comienzo y luego con más firmeza cuando hallaba una línea de argumentación que le parecía adecuada.

Lena cruzó sus piernas sobre el sillón y se preparó a prestar atención. La veneciana jamás la había sometido a ella a un interrogatorio semejante y en el primer momento pensó que era un abuso de la anfitriona aprovechando su posición de dueña de casa. Sin embargo algún impulso interno le dijo que debía presenciar esa esgrima entre dos personas que amaba y ver donde conduciría; ese mismo impulso le indicó que quizás el objetivo de la anfitriona no era desvalorizar a su competidor como había supuesto en el primer momento sino demostrar un núcleo duro que estaba oculto tras la fachada complaciente del muchacho. Lena conocía a su amiga, cercana a círculos de izquierda en su ciudad y abanderada de todo tipo de causas que pasaban del feminismo al ecologismo extremo, a la defensa de todos los pueblos sumergidos, al apoyo a grupos, algunos de ellos poco transparentes, en Asia, África y Latinoamérica. Ya le había señalado en alguna oportunidad que su militancia en algún tema era contradictoria con sus posiciones en otras, pero ya había aceptado que la coherencia estricta no era un valor a los ojos de Tiziana, sino el ardor y la entrega.

Las preguntas variaron desde el aborto a la libertad del consumo de drogas a la causa gay y las respuestas generaron a veces acuerdo entre ambos contendientes en cuyo caso la italiana pasaba a

otro tema, y profundo desacuerdo en otros casos.

Limitada a su rol de observadora externa Lena debió admitirse que ella no tenía opinión formada sobre algunos de los temas planteados por su amiga, y allí se sorprendía de que de alguna manera Federico pudiera elaborar un pensamiento medianamente coherente y aún contradecir a los puntos de vista de la italiana. Una cierta admiración comenzó a surgir hacia aquel jovencito que hacía frente a pie firme a un contrincante experimentado y probado en muchas lides. Sutilmente y sin darse cuenta Lena comenzó a disfrutar del espectáculo.

En forma tan abrupta como lo había comenzado Tiziana decidió cesar el debate y se levantó para retirar la vajilla en que había servido el café para llevarlo a la cocina. Lena se apresuró a ayudarla y acompañarla a la cocina llena de expectación. Cuando las dos mujeres estuvieron solas preguntó ansiosamente aunque con un dejo de socarronería.

-Y bien. ¿Qué opinas? ¿Es un cerdo fascista o algo así?

-¿Qué importa!- La respuesta dejó azorada a Lena.-Tiene derecho a pensar lo que quiera. Lo importante es que piensa por sí mismo, sea que coincida conmigo o no. Lo que vale es que busca elaborar sus ideas desde algún valor profundo de su personalidad, aunque a veces yo haya logrado confundirlo.

A pesar de que conocía a la veneciana y de que ya se había percatado de que había montado el show en buena parte de beneficio de ella misma, Lena quedó boquiabierta. Tiziana prosiguió

-Sólo porque es tu hombre venzo a mi tentación de arrástralo a la cama.

-¿Cómo? Pero tú...

-No te confundas Lena. Mi preferencia sexual no es el factor

determinante de mi personalidad, sino el hedonismo, la búsqueda del placer como fin y fundamento de mi vida. Como te imaginarás he tenido compañía sexual masculina antes de encontrarte a ti.

-Empiezo a preguntarme si hice bien en traer a Federico conmigo.- El tono de Lena expresaba una legítima preocupación. Esta vez fue el turno de la italiana de reír sonoramente.

-No te preocupes. La razón por la que tu relación con Federico está segura conmigo no es mi orientación sexual sino mi respeto absoluto hacia ti, mi mejor amiga y amante.

Lena no conseguía desenredar los hilos entrecruzados del triángulo amoroso en que se hallaba.

La italiana regresó a la sala y anunció a sus invitados.

-Si me acompañan voy a mostrarles mis lienzos.

- Haciendo honor a otra tradición veneciana Tiziana es también pintora.- Aclaró Lena.- Aunque no soy una experta en arte creo que sus cuadros tienen mucho mérito.

Capítulo 21

Miró con ternura a Federico que dormía profundamente en el asiento del lado del pasillo. Al hacer la reserva del pasaje habían solicitado que le fueran adjudicados los asientos 14Ay 14B, y por azar los habían conseguido, de modo que pensaban en este segundo viaje juntos como una conmemoración del comienzo de su romance.

Desde siempre los viajes largos en avión habían servido a Lena para hacer un resumen, una especie de balance de las experiencias vividas en el tiempo precedente, y en esa oportunidad había muchas alternativas sobre las que meditar.

Desde el punto de vista profesional el lanzamiento del local de Milán había sido un éxito, y había creado numerosos contactos en esa importante plaza de la moda así como amigos entre los colegas de la filial de su empresa. Pero Lena no se engañaba, en esas circunstancias de su vida no era el tema laboral el que más absorbía su atención. La estadía romántica en Venecia había consolidado su vínculo hasta entonces un tanto laxo e indefinido con Federico, ya ahora se consideraban novios, sea lo que fuera lo que significaba esa expresión en los tiempos actuales. La mujer posó una mano sobre la diestra del hombre, que exhaló un leve suspiro ante el contacto. Por otro lado estaba la relación con Tiziana...Lena no conseguía clasificar esa relación ya que se escapaba a cualquier categoría que ella conociera y sus intentos de designarla para darle un barniz formal y respetable fueron en vano, pero sabía que era un vínculo que había enraizado en su alma y que no conseguiría eliminar aunque se lo propusiera. Debía resignarse a que en su corazón había espacio para Federico y para

Tiziana, aunque fuera en compartimentos separados y de alguna forma diferentes entre sí. Su tarea en el futuro sería evitar choques y enfrentamientos que pusieran en peligro la estabilidad emocional de los tres.

Su mente tornó a la última reunión con la veneciana, que a pesar de los esfuerzos de ambas había terminado en una sesión de llanto. Con el objeto de sobreponerse su amiga había comenzado a hablar de otros temas y finalmente había recaído en algo que sin dudas le roía por dentro. Con su habitual desfachatez preguntó.

-Dime. ¿Que tal es el sexo con Federico?

-Ya te dije que te lo sacaras de la cabeza.

-No es eso. Es solamente curiosidad.

-Lo normal.

-¿Sexo regular?

-Sí.

-Y sólo eso.

-Eso es más que suficiente. No me parece una charla adecuada.

Como era su costumbre Tiziana no hizo caso del comentario y añadió.

-Lena querida. Conmigo has conocido cosas que se hallan muy alejadas del sexo regular de una esposa o novia americana, y sé de primera mano que te vuelve loca.

-Bien, lo admito, lo tengo contigo y quizás lo seguiré teniendo cuando nos volvamos a ver, lo que quizás no ocurra si eres tan entrometida.

Las respuestas de la italiana estaban completamente desvinculadas de los comentarios de Lena e ignoraban su contenido.

-Lena. Tienes al hombre que quieres. Debes hacer realidad con

él todas tus fantasías más locas y sacar a la luz las de él. Esto alejará la rutina de tu relación y la tornará permanente.

-¿A qué fantasías te refieres?

-No tienes más que recordar nuestras noches hasta el alba. Allí has hecho realidad muchas de ellas.

Al recordar estas palabras en el avión Lena sonrió a pesar de un rubor que cubrió sus mejillas y que felizmente nadie podía ver en la penumbra de la cabina del avión. Finalmente se rindió, como tantas veces antes, al realismo de su amiga. No tenía sentido dejar pasar el tiempo sin llevar a cabo esas fantasías y las de su hombre, que seguramente las tenía.

Con las luces de la cabina atenuadas Lena dormitó por un lapso indeterminado, pero su mente siempre orientada a las tareas a cumplir pronto envió una señal. En los últimos tiempos y particularmente en los días transcurridos en Italia su relación con Federico, antes un tanto nebulosa, se había consolidado y ya se consideraban una pareja con los alcances y las limitaciones que eso implicaba. Aunque la mujer no quería precipitar las cosas un análisis lógico le indicaba que era hora de formalizar esa relación y sacarla a la luz, más allá del reducido círculo que hasta ese momento estaba al tanto de ella, formado casi exclusivamente por Loretta Brown y Tiziana Bressan. En pocos días más arribarían a Nueva York los padres de Federico a los que el muchacho deseaba presentar a Lena, de modo que era necesario que ella hiciera lo mismo con sus padres. Esta tarea estaba teñida de un cierto recelo debido a la reacción imprevisible de su madre Sheila, quien nunca se había perdonado a sí misma haberse casado con un ateo ni a Lena su divorcio.

Habría que atravesar las arenas movedizas.

Viajaron en tren hasta Kew Gardens en Queens y caminaron luego las cinco cuadras hasta el edificio donde Bernard y Sheila Javit vivían. Federico notó que su mujer estaba nerviosa y apenas habló una palabra en el viaje.

El barrio en que se hallaba la vivienda era típico de la clase media alta neoyorquina y el edificio era uno de los más destacados y modernos en el área.

-Vinimos a vivir aquí cuando nos mudamos de Brooklyn.-
Explicó la mujer.-Cuando los negocios de mi padre comenzaron a prosperar.

Bernard abrió la puerta del apartamento y sin romper el silencio abrazó tiernamente a su hija, a quien a pesar de vivir en la misma ciudad no había visto en varios meses. El gesto de ternura e intimidad entre padre e hija sorprendió a Federico, quien nunca se había preguntado sobre las relaciones familiares de Lena. La mujer presentó al joven y Bernard estrechó su mano exhibiendo una sonrisa. Conociendo a su padre, Lena detectó inmediatamente en él ciertos signos inconscientes de aprobación causada por la primera impresión que Federico le había causado.

El joven paseó discretamente su mirada por el vestíbulo y la sala contigua y notó que había evidencias de la pertenencia de los Javit a la clase adinerada, lo cual coincidía con sus expectativas.

Las primeras preguntas giraron sobre los viajes que Lena había efectuado desde la última vez que los había visitado y se sorprendió que Federico la hubiera acompañado en el viaje a Italia. Bernard los condujo a la sala de estar donde contó a su vez en apretada síntesis las

novedades familiares en el ínterin. Aunque lo que más deseaba el dueño de casa era en realidad conocer la historia del hombre que acompañaba a su hija, decidió postergar esa narración hasta el momento en que regresara su mujer, quien había salido a hacer unas compras para la reunión.

La conversación fue entretenida y permitió a Federico enterarse que Bernard era un comerciante textil que se había dedicado con éxito a la importación de prendas de Oriente, particularmente de la India, aunque ya estaba casi totalmente retirado. Ese contacto familiar con el mundo textil había orientado a Lena a su trabajo, según explicó ella misma.

Estaban en esa cordial conversación cuando oyeron que la puerta del apartamento se abría. Bernard se puso de pie de inmediato para recibir a su mujer mientras que Lena insensiblemente se puso en guardia.

A los sesenta y tres años Sheila Shaw Javit era sin duda una mujer hermosa. Sus ojos azules, su cabello que había sido rubio y sus facciones deban cuenta de donde habían surgido los rasgos de Lena. Incluso la silueta de Sheila era impecable, apenas alterada por los años.

<Demasiado parecidas para que no hubiera una cierta rivalidad entre madre e hija> Meditó involuntariamente el joven.

Cuando su hija los presentó Sheila dio la mano desvaídamente a Federico, y su mirada se posó fugazmente en él. Lena, que era experta en captar los mensajes no verbales, creyó notar una cierta señal de alivio en su madre. Sin haber hablado con ella Lena se figuró que al enterarse que su hija se iba a presentar acompañada de un sudamericano Sheila, una mujer no adepta a los cambios, no habría

estado tranquila.

Una vez reunidos frente a sendas tazas de té Bernard comenzó con una tarea en la que tenía experiencia por su profesión anterior, la de obtener información sobre el tema de su interés, que en ese caso era la pareja de su hija, de quien apenas conocían su nacionalidad.

Federico respondió pacientemente las preguntas sobre su historia personal, como la había hecho previamente con Loretta Brown y Tiziana. No cabía duda de que todos aquellos que formaban el círculo familiar y de relaciones de Lena se interesaban sobre los nuevos vínculos de la mujer. Los que hablaban eran los dos hombres, mientras Sheila escuchaba en silencio la biografía de su visitante y Lena escudriñaba atentamente los signos corporales de su madre.

En un momento determinado y para sorpresa de todos Sheila rompió su mutismo y preguntó.

-Si le entendí bien sus padres están llegando a Nueva York en los próximos días.

-Así es, señora.- Federico llamaba al padre de Lena por su nombre de pila, pero no se atrevía a hacer lo mismo con su esposa.

-Con toda seguridad nos gustaría invitarlos a nuestra casa para conocerlos. ¿Qué opinas Bernard?

-Por supuesto querida.

Recién entonces cedió la tensión nerviosa que había mantenido en vilo a Lena y en menor medida a su padre.

-Está la mesa servida. Los invito a sentarse.- Dijo Bernard.

Epílogo

Aunque había sido su intención, Lena no había podido acompañar a su novio a buscar a sus padres al Aeropuerto La Guardia, donde llegaban después de un vuelo de varias etapas por su reducido costo. Había sido citada la tarde anterior a una reunión urgente en la oficina a la que concurrirían los miembros del comité ejecutivo de la empresa. La mujer no tenía idea de cuál era el propósito de la cita y no estaba exenta de un cierto nerviosismo, aunque era obvio que los últimos pasos que había dado en la compañía habían sido coronados por el éxito. Cuando llegó a las oficinas, un cuarto de hora antes del momento en que había sido citada, la secretaria ejecutiva le dijo que los directivos ya estaban en sesión y que llamarían en cualquier momento. Lena sabía que era inútil tratar de averiguar el motivo de su presencia con la secretaria ya que la mujer era la personificación de la discreción que su cargo requería. Se conformó con sentarse en los cómodos sillones tratando de pensar en otra cosa.

Al cabo de un rato la secretaria se puso de pie y se dirigió hacia ella diciéndole.

-Lena, puedes pasar.

La sala del comité era amplia pero austera, decorada con el estilo sobrio y aún minimalista propio del Presidente de la misma. A pesar de ello Lena sintió el peso de la presencia de todos los miembros que gobernaban la firma y se acercó con paso lento. Su jefe Ira Gorkin se puso de pie y le mostró una silla al lado de la que ocupaba él.

-Siéntate querida Lena.

Todos permanecieron en silencio solo interrumpido por alguna

tos discreta, hasta que a una indicación del presidente, que ocupaba la cabecera de la mesa el mismo Ira se volvió a poner de pie y mirando a todos los presentes y luego a Lena dijo con su estilo breve y directo.

-El comité ha decidido formar una nueva compañía del grupo abarcando los locales situados en Italia, Suiza y los que abriremos en Croacia y Eslovenia y ha decidido ofrecerte la dirección de la misma.

Lena sintió que una oleada de emoción la invadía y no pudo articular palabra por unos instantes; los presentes sabían que no estaba enterada del ofrecimiento de modo que la reacción era previsible. Finalmente la mujer se puso de pie y con su rostro aun cubierto de rubor expresó.

-Debo comenzar disculpándome por no tener nada preparado para decir, pero la verdad es que este ofrecimiento me llena de sorpresa y agradecimiento. Por supuesto que acepto el reto que me están ofreciendo y que pondré mi máximo esfuerzo y toda mi capacidad para honrar su confianza.

Ira, que obviamente era el miembro informante, aún permanecía de pie y prosiguió con una pregunta.

-No deseamos presionarte en exceso, pero hay cuestiones urgentes incluyendo la firma de contratos que requieren tu presencia allá. ¿Podemos contar con que te traslades a la brevedad? Luego podrías volver para arreglar tus cuestiones personales que queden irresueltas.

-¿Cuándo necesitan que viaje?

-En los próximos veinte días.

-Bien, supongo que podré lograrlo.

- Un tema que debemos dejar resuelto antes de tu partida es la ubicación de la sede de la empresa en Italia. Habíamos pensado en las

ciudades con las filiales más importantes, Roma o Milán.

Lena sintió una nueva oleada de calor que atravesaba su cuerpo y aunque no solía proceder sin antes reflexionar comprendió que esta era quizá su única ocasión de organizar un aspecto importante de su vida.

-Preferiría que fuera en Venecia.

Al salir de la reunión Lena consultó su reloj. Dado que estaba tomando decisiones en forma rápida y no quería frenar el ritmo dijo a la secretaria ejecutiva.

-Brenda, voy al Aeropuerto La Guardia. Voy a recibir a mis futuros suegros que están llegando los Estados Unidos en media hora.

-¿Futuros suegros?- Se interrogó la mencionada Brenda, sin cambiar la expresión de su rostro. Era obvio que no imaginaba que Lena tuviese un novio.

Bajó del taxi y corrió al interior del aeropuerto. Consultando las pantallas de los movimientos aéreos constató que el avión procedente de Miami ya había aterrizado veinte minutos antes y se dirigió a la zona de arribos. Deseaba hablar con Federico antes de la llegada de sus padres. Lo vio desde lejos y fue corriendo hacia el joven que la vio llegar con gesto asombrado. Luego señaló a la larga fila de viajeros que se movía tras las puertas de vidrio.

-Míralos, allí están.- Dijo emocionado, señalando a un hombre alto y una mujer rubia bastante más baja acompañados por un niño de unos diez años de cabellos rojos.

Recién entonces Lena recordó que finalmente los Gribaudo viajaban acompañados por el hermano menor de Federico por lo cual

este les iba a ceder su apartamento en Brooklyn Heights y mudarse transitoriamente con Lena; todos estos planes se veían sin embargo súbitamente cambiados por la noticia de la que era portadora, que quería comunicar a su novio con anterioridad a que llegaran sus padres. Vio que los viajeros ya se acercaban a la puerta de vidrio, tomó del brazo al desconcertado joven y le preguntó a quemarropa.

-¿Vendrás a vivir conmigo en Venecia?

Del Autor

Estimado lector,

Le agradezco que se haya interesado en leer estas breves palabras en la que hablo de mi obra. Es un buen hábito tratar de entender que llevó a un autor a escribir un libro particular, ya que las motivaciones varían de autor en autor y de libro en libro.

Como señal de respeto al lector, en todos mis libros realizo una exhaustiva investigación previa sobre los hechos a que se refiere la obra, particularmente teniendo en cuenta que muchas de ellas transcurren en lugares a veces apartados entre sí y en épocas históricas también diversas; es decir que mis libros a menudo transitan dilatados trechos en el tiempo y en el espacio.

Estas búsquedas están basadas en mi memoria, en la amplia biblioteca familiar y en el gigantesco cantero de hechos y datos constituido por Internet. En la red global todos pueden buscar pero no todos encuentran lo mismo... afortunadamente, ya que este hecho da lugar a una enorme variabilidad y diversidad.

La trama por supuesto proviene de la imaginación y la fantasía. Ésta es para mí de fundamental importancia y confieso que jamás escribiría un libro que no me interesara leer; mis gustos como escritor y como lector coinciden en alto grado.

Mis obras con frecuencia transcurren en lugares exóticos y se refieren a veces a hechos sorprendentes y hasta paradójicos, pero jamás entran en el terreno de lo fantástico e increíble. Es más, a menudo los hechos más bizarros suelen ser verídicos.

Sobre el Autor

Cèdric Daurio es el seudónimo adoptado por un novelista argentino para cierto tipo de narrativa, en general thrillers de carácter paranormal y cuentos con contenidos esotéricos.

El autor ha vivido en Nueva York durante años y ahora reside en Buenos Aires, su ciudad natal. Su estilo es despojado, claro y directo, y no vacila en abordar temas espinosos.

Obras de Cedric Daurio

FICCIÓN

En Ingles

Blood Runes

Agartha Star

An Elegant Lady

The Lost Legion

I Ching and Murder

En Castellano

Runas de Sangre

La Estrella de Agartha

Una Dama Elegante

La Legión Perdida

I Ching y Crimen

Coordenadas del Autor

Mailto: cedricdaurio@gmail.com

Blog: <https://cedricdauriobooks.wordpress.com/blog/>

Sobre el Editor

Oscar Luis Rigioli publica los libros a su cargo en ediciones impresas y electrónicas por medio de una red comercial que les brinda una amplia cobertura mundial con ventas en los cinco continentes. El catálogo incluye tanto numerosos títulos de su propia autoría como aquellos escritos por otros autores. Todas las obras están disponibles en idiomas castellano e inglés.

Abundante información sobre dichos títulos puede ser consultada en los siguientes sitios web:

<https://narrativaoscarrigioli.wordpress.com/> y
<https://louisforestiernarrativa.wordpress.com/>

El lector queda amablemente invitado a consultarlos en la seguridad de hallar buenas experiencias de lectura.